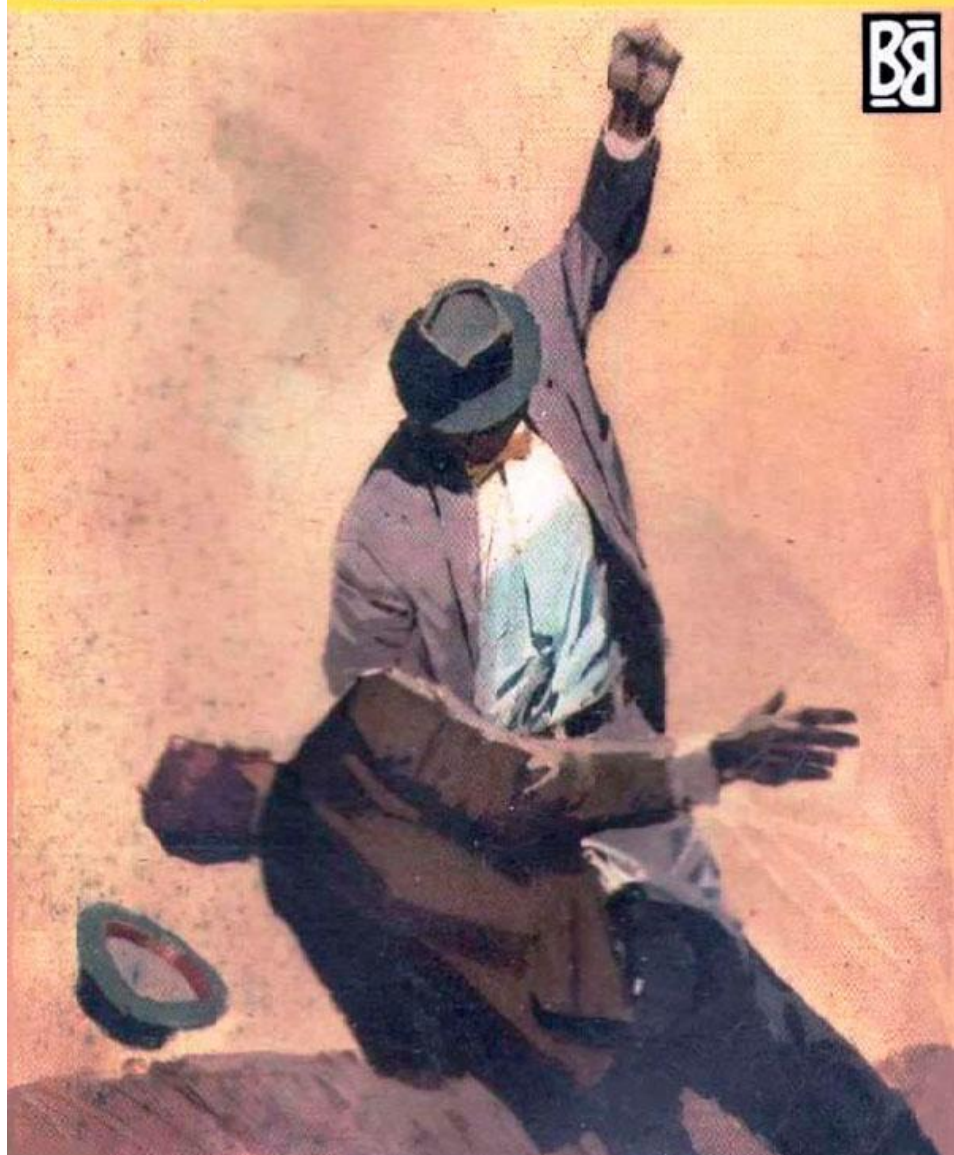


PUNTO
ROJO

nido de hampones

alex colins



COLECCION

PUNTO ROJO



GRAVEY

BRYCE



ALEX COLLINS

NIDO DE HAMPONES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 256
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 2.209 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo 1967

© ALEX COLINS - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

190. —La muerte acecha.

232. —¡Jaque al rey!

En Colección CALIFORNIA:

497. —Busco una mujer.

536. —Donde la Ley no existe.

En Colección BRAVO OESTE:

313. —Ruta sin destino.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

150. —Ese hombre tiene que morir.

En Colección COLORADO:

490. —Vienen los rurales.

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* Austin Gravey ordenó a su ayudante reducir la marcha del patrullero y rodar detrás de los dos camiones cargados de obreros que se dirigían al trabajo.

Los vehículos de carga se detuvieron finalmente y los hombres saltaron afuera de una manera desordenada desde todos los ángulos de las cajas. Luego se encandilaron a buen paso a sus puestos respectivos de trabajo.

El desierto de Nuevo México había sido reivindicado por el turismo y varios hombres de empresa habíanse propuesto hacer otro tanto en el semidesierto texano.

Como primera parte del plan estaban edificándose los grandes complejos hoteleros. Después seguirían una larga serie de moteles de precios más económicos, desuñados a llamar la atención de las clases menos acomodadas hacia aquellos lugares.

El proyecto, ambicioso, aparejaba la idea de una autopista y varias piscinas que serían alimentadas por canales que partirían desde las presas del río Pecos.

Aquellos hombres se afanaban por llevar a efecto los proyectos de la empresa constructora. Su primera labor, la preparación de los cimientos para los dos bloques hoteleros, estaba ya en marcha.

El silencio del semidesierto, un silencio que había acompañado desde el principio de los siglos a la árida región poblada de cactus y de mezquites, se turbó de pronto con el ruido de las grúas, el traqueteo de las hormigoneras y el trepidar de las máquinas excavadoras.

El *sheriff* se encaminó a la caseta del capataz, donde éste daba instrucciones a un grupo de obreros.

Austin esperó a que los hombres se hubiesen alejado antes de

hablar con el capataz Larking.

—¿Qué desea de mí, *sheriff*? —inquirió el hombre, alto y fornido, tras los saludos de rigor.

—Una información —respondió el *sheriff*—. Uno de sus hombres envió ayer un mensaje escrito a mi oficina; Tiene algo importante que comunicarme. Su nombre es Joe Giglio. Anoche salió de su casa y no ha regresado aún. Tampoco ha tomado esta mañana el camión para venir aquí.

Larking examinó el tablero instalado en una de las paredes de la caseta.

—Aquí está —dijo, sacando la tarjeta de uno de los casilleros—. Joe Giglio trabajó ayer su jornada normal.

—Eso lo sé. Retornó a River City con los demás obreros. Estuvo en su casa después de eso. Luego salió. Parece que acostumbraba hacerlo todas las noches.

—Entiendo —murmuró el capataz—. Yo vengo quince o veinte minutos antes que el resto del personal. No he visto a nadie aquí. Es eso lo que le interesa saber, ¿no, *sheriff*?

—Exactamente.

En ese momento se presentó en la caseta uno de los obreros, demudado su semblante.

—Ha ocurrido algo —pronunció con voz entrecortada—. Vengan. Hay un hombre muerto.

Austin tuvo un siniestro presagio al oír las palabras del empleado.

Éste los condujo hasta el borde de una de las amplias zanjas abiertas en la reseca tierra, donde se hallaba un grupo de obreros.

Austin y el capataz se detuvieron junto a la hormigonera, mirando con fijeza el cuerpo tendido en el centro de la zanja, en trágica inmovilidad.

Estaba boca abajo, asomando la cabeza y parte de los hombros fuera de la carga de hormigón que aprisionaba al resto de su cuerpo.

—Parece Joe Giglio —comentó uno de los obreros.

Austin asintió de un modo mecánico.

El no conocía a Joe Giglio. Jamás lo había visto ni sabido nada de él hasta la recepción del mensaje escrito. Pero estaba seguro de que se trataba de Joe.

El capataz no hizo comentario alguno. Se limitó a disponer lo necesario para que el trabajo continuase normalmente en las obras, enviando a aquellos hombres a otros tajos.

Luego permaneció junto al *sheriff*, que ordenó a su ayudante avisar al juez y al forense, examinando el cadáver mientras llegaban.

El juez ordenó el levantamiento del cadáver al fin, que resultó una ardua tarea.

Se vieron en la necesidad de emplear una perforadora mecánica a presión para levantar el hormigón y poder sacar el cuerpo.

Cuando estuvo afuera, Austin lo volvió de cara al cielo.

Su curtido rostro dibujó una mueca al ver el aspecto que ofrecían los restos de aquel desventurado.

Alguien habíale destrozado el rostro, golpeándole sin duda con un anillo provisto de erizadas púas de acero. Un rostro cubierto de grandes desgarrones y plastones de sangre coagulada. La pechera de su camisa presentaba tres rojos rosetones.

—Es increíble cómo se han ensañado con él —comentó el juez.

—Ésta es la obra de unos hampones —adujo Austin con extraña entonación—. Bien. Espero su informe, doctor. Lo quiero en el menor tiempo posible.

—Descuide, Austin. Practicaré la autopsia inmediatamente.

Austin registró las ropas del muerto antes que fuese introducido en la ambulancia.

No encontró nada que se saliese de lo normal.

A continuación interrogó a unos cuantos compañeros del muerto, que le confirmaron las palabras del capataz acerca de la jornada anterior de Joe.

Regresó seguidamente a su oficina y cuatro horas después tenía en su poder el informe del forense.

Joe Giglio había sido castigado con terrible dureza antes de ser rematado de tres balazos en el pecho disparados a boca de jarro.

Ninguno de los golpes recibidos hubiese bastado para producirle la muerte. En cambio, cualquiera de los tres balazos era mortal de necesidad. Los dos restantes, así como los golpes, habían sido puro ensañamiento.

Austin dejó a un lado el informe del forense y paseó por la oficina en actitud meditabunda, seguido por la expectante mirada

de su ayudante.

Austin Gravey rondaba los treinta años. Era alto y atlético. La nota más destacada en él eran sus ojos de un azul intenso, que daban a su rostro una expresión de niño travieso, acentuada por una sonrisa amplia y cordial.

Ese detalle había servido de engaño a muchos delincuentes, que lo juzgaron como un hombre sin iniciativa y carente de experiencia. Y en un momento dado Austin Gravey saltaba como impelido por un resorte, desconcertando a su interlocutor con las frases que fluían de sus labios como dardos envenenados.

Si la acción era violenta, Austin se volvía dinamismo puro. Entonces cada miembro de su cuerpo actuaba igual que si estuviesen dotados de vida propia, pero en perfecta sincronización.

—El caso se presenta complicado, Austin —murmuró su ayudante, Alex Stringer, cinco años mayor que él—. ¿Pedirás ayuda a la capital del condado?

Austin lo miró con el mismo reproche que si acabase de proferir una blasfemia.

—Nada de eso, Alex —pronunció—. La solución del caso nos compete a nosotros.

—Pero...

—Voy a serte sincero —le atajó el *sheriff*—. Los sabuesos que ejercemos nuestra profesión en las pequeñas ciudades no gozamos de buena fama ante los policías de otros lugares de mayor relieve.

—No veo el por qué.

—Bueno. Dicen de nosotros que nos anquilosamos en nuestros sillones, que nos habituamos a ganar el sueldo a cambio de muy poco trabajo y les pedimos ayuda en cuanto surge algún caso que ofrece una mínima complicación. Dicen que somos igual que algunos médicos rurales. Hay muchos de éstos que si uno no tiene pulmonía ya no saben nada. Pero nosotros tenemos instinto policíaco, Alex. Y vamos a demostrarlo. No es un desafío. Es querer dar fe de que la ley está bien protegida en River City.

—De acuerdo, Austin —respondió el ayudante propinando un manotazo de contrariedad al aire—. Tú eres; el *sheriff*.

—Bien. Empezaremos por la familia de Joe. Tiene esposa y una hija. Quizá ellas sepan algo. El hombre mata por varias razones, pero sólo se ensaña con su víctima cuando obra bajo el impulso de

los celos, la venganza o el rencor. Me inclino en este caso por la venganza. Joe quiso revelarme algo contra alguien. Ese alguien lo supo. Entonces, procedió contra él. Y no creo que sea la obra de un hombre solo. Aquí hay mar de fondo, Alex.

—Eso creo yo también.

—El castigo a que fue sometido Joe debió ser para forzarle a obedecer o ceder en algo. Al no poder quebrantar su entereza, lo mataron.

Alex se puso en pie y paseó a su vez por la sobria estancia.

Aquello resultaba demasiado complicado para él. Era una especie de perro de presa. En la caza de un forajido se mostraba tan eficiente como el propio Austin. Pero su materia gris no respondía bien a la hora de formular hipótesis.

El *sheriff* fue recibido por la viuda de Giglio en el *hall* del sencillo apartamento que ocupaban en un edificio de ladrillos, viejo y destartado, en las afueras de River City. Constaba de ocho plantas y residían en él un buen número de empleados de la empresa constructora.

Gira Giglio había alcanzado casi el medio siglo de existencia, pero conservaba casi íntegra su belleza.

Edda era el vivo retrato de su madre en versión juvenil.

Austin se fue derecho al grano.

—Anoche les hablé del mensaje que su esposo me había enviado. El quería decirme algo. Usted debe tener una idea precisa de qué se trataba.

Gina Giglio lo miró con aprensión antes de responder:

—No sé nada, *sheriff*.

—¿Nada?

—En absoluto. Joe jamás me dijo nada acerca de eso. No tuve conocimiento de ese mensaje que Joe le envió hasta que usted mismo me lo dijo.

—Pero le oíría comentar algo. Es raro que un hombre no revele secretos de esta índole a su esposa.

Gina denegó con la cabeza.

—No sé nada, *sheriff*. Nada, ¿comprende?

—¿Tampoco si Joe tenía algún enemigo por el que estuviese sintiendo inquietud? —insistió Austin.

—Nada. Ya se lo he dicho. Joe nunca hablaba de eso. No puedo

decirle nada más.

La mujer hablaba forzosamente, como si le costase un ímprobo esfuerzo pronunciar cada palabra.

Y estaba mintiendo. Era algo que no escapaba a la agudeza del *sheriff*. Aquellas mujeres estaban atemorizadas. La negra arteria que había conducido a Joe Giglio a la tumba les rozaba a ellas también de cerca. Y el aviso era demasiado contundente para no tomarlo en consideración. El miedo era superior en ellas al deseo de vengar la muerte del ser querido.

—¿Dónde fue su esposo anoche?

—Quizá al «Owen Bar»: Solía ir allí con frecuencia.

—Está bien. Si recuerda algo que considere que puede encerrar algún interés, póngase en contacto conmigo.

Se volvió a ellas con la mano ya en el pomo de la puerta.

—Una última pregunta. Ustedes proceden de Italia, ¿no es así?

—Sí, *sheriff*.

—¿Cuánto tiempo hace que residen en los Estados Unidos?

—Seis meses.

El *sheriff* se puso en contacto con su ayudante para darle algunas instrucciones. A continuación buscó al conserje del edificio.

Su propósito era ocupar uno de los apartamentos contiguos al de Gina y Edda Giglio. Intuía una buena pista en las dos mujeres y no quería perder ese contacto.

Ambos apartamentos estaban ya ocupados y tuvo que conformarse con otro, dos puertas más allá. Desde él no podía escuchar nada, pero sí vigilar la clase de personas que entraban en el de la viuda de Giglio.

Alex se presentó allí un par de horas más tarde portando unos papeles.

—Mira esto, Austin —rezongó, entregándolos al *sheriff*—. Es un caso muy curioso. Ésta es la lista del personal que me ha facilitado el capataz. No hay un solo norteamericano entre ellos. Todos son extranjeros. Italianos, alemanes, centroeuropeos, etc.

La frente de Austin se plegó en diminutas arrugas.

—Me parece que empiezo a comprender —musitó.

—Pues yo cada vez lo veo más oscuro, Austin —masculló el ayudante—. ¿Qué esperas obtener desde este apartamento?

—Una pista. De momento, sólo tenemos dos pistas que prometen

algo. Porque no creo que se trate de la venganza de un compañero de trabajo.

—Bien. ¿Qué pistas son ésas?

—Estas dos mujeres y el «Owen Bar».

Le explicó su entrevista con las dos mujeres.

—Opino que se trata de una pista poco segura —apuntó Alex cuando hubo acabado—. Si están dominadas por el terror, no creo que podamos sacarles nada.

—No importa. De momento, tenderemos nuestras redes en torno a ellas. Ignoramos dónde se encuentra el tiburón, pero ésta puede ser la carnaza que sirva de cebo para él. Parece significativo también el hecho de que todos esos hombres sean emigrantes extranjeros.

—¿Cuál es tu hipótesis?

—Que nos hallamos ante un *gang* siniestro. Algo así como si la Mafia volviese a hacer de las suyas igual que en sus mejores tiempos. Esos hampones deben presionar a los obreros, seguramente después de proporcionarles la colocación. Joe debió revelarse contra ese estado de cosas.

—Entiendo —rezongó Alex—. La gallina había dejado de poner huevos de oro y su cacareo podía despertar a los vecinos. Lo mejor era matarla. Pero todos esos hombres dependen de un salario, carecen de fortuna.

—Claro. Pero el pequeño porcentaje de cada uno supone un ingreso fabuloso para unos pocos que dominan la situación. El *gangsterismo* en todo su apogeo.

—Bien. Estas obras las lleva a cabo la «Constructora Benson».

—Lo sé. Eso supone que hay que celebrar una entrevista con míster Benson. Quizá no esté limpio de culpa en este asunto.

—Valiente asunto —profirió Alex sirviéndose café—. Imagina la situación, Austin, suponiendo que tu hipótesis sea acertada. Esos hombres deben soñar con nuestro país como si fuese realmente un paraíso. A nosotros nos parece un infierno, pero hay en el mundo otros lugares infinitamente peores. Luego llegan aquí con su bagaje de ilusiones y esos bandidos...

Austin elevó su mano, imponiéndole silencio.

A continuación se acercó a la puerta, para atisbar por la mirilla.

En el corredor resonaban pisadas, que se detuvieron junto a la

puerta del apartamento contiguo, que separaba el suyo del ocupado por los familiares del difunto Giglio.

Cuando sonó el ruido de la puerta al ser cerrada, Austin se volvió a su ayudante:

—Este apartamento lo ocupa un tal Robert Twint, un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Está alcoholizado.

—¿Y bien?

—Los dos individuos que acaban de entrar ahí pertenecen a ese mundo que tanto nos preocupa ahora; son dos hampones.

—¿De veras crees que puede existir alguna relación entre ese alcohólico y el asesinato de Joe Giglio?

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

Austin hizo un gesto de impaciencia.

—Escucha, Alex —pronunció—. No ves más allá de tus narices. En esas circunstancias, es una suerte para ti tener esas narizotas tan largas. De otro modo, tendrías que llevar unos anteojos de largo alcance para poder comerte un plato de sopa. Este hombre es vecino de Joe, ¿no? Pues ya existe una relación entre ambos. Es suficiente para mí. Y tengo una corazonada.

Se encaminó a la ventana, que abrió de par en par.

La parte posterior del edificio daba a un patio *cerrado*, sembrado de restos de inmundicias arrojadas desde todos los apartamentos. Y no había nadie a la vista.

Austin se encaramó en el alféizar. Luego se inclinó hacia delante, adoptando una posición peligrosa, pero que le permitía aproximar su cabeza hasta muy cerca de la ventana correspondiente al otro apartamento.

Desde allí pudo captar frases enteras, que le llegaban a través de la abertura de las puertas de la ventana.

—Nosotros lo llevaremos ahora —oyó pronunciar a una voz de metálicas inflexiones—. Entraremos por la puerta del servicio, Twint. En realidad, no se admiten allí tipos asquerosos como tú.

—De acuerdo —respondió la voz del aludido, ligeramente pastosa, trabada por el abuso del alcohol—. Estaré listo en un momento. Pero debió darle el dinero para que me lo entregasen aquí.

—Tendrás ese dinero, pero antes quiere hablar contigo y hacerte

unas cuantas advertencias. Yo voy a aconsejarte otra por mi cuenta.

—Escúpela —masculó Twint, que procedía a cambiarse de ropa.

—Tienes que mantener la boca bien cerrada; no hablar con nadie.

—No pienso hacerlo.

—Sin embargo, el *whisky* desata la lengua. A partir de ahora tendrás que emborracharte en esta pocilga y contarle tus secretos a la almohada. Es el mejor consejo que han podido darte en tu vida.

—Todo eso lo sé —replicó Twint.

—Si no lo haces así..., recuerda lo ocurrido a Joe Giglio.

Se envaró el cuerpo del *sheriff* al oír esta última advertencia.

Enseguida abandonaron los tres hombres el apartamiento sin hablar nada más.

Entonces Austin se retiró de su incómodo puesto de escucha en la ventana.

—Ese hombre sabe algo; seguramente, lo sabe todo —dijo a su ayudante, explicándole lo que acababa de oír.

Alex dejó escapar un silbido significativo.

—Esa forma de expresarse parece indicar que Robert Twint oyó o vio amenazar a Giglio.

—Exacto —afirmó Austin—. Es posible que incluso viese cometer el crimen. Ahora trata de chantajear al *gang* a cuenta de su silencio. Porque ya no cabe dudar que se trata de un *gang*. River City se ha convertido de pronto en un nido de hampones. Y ese imbécil va a correr un serio peligro. No creo que se avengan a pagarle.

—¿Que piensas hacer entonces?

—Sigue a esos hombres. No los pierdas de vista en ningún momento. Averigua adónde van ahora. El hombre que va a entrevistarse con él debe ser uno de los peces gordos. Si tienes ocasión, comunica más tarde a la oficina. Si no he llegado aún, insiste más tarde.

—De acuerdo, Austin. ¿Vas a continuar vigilando a esas mujeres?

—No, por el momento al menos. He cambiado de opinión. Ellas están muy asustadas y no es fácil que vuelvan a molestarlas por ahora. Deben estar seguros de su silencio. Voy mientras al «Owen Bar». Es posible que obtenga allí datos muy interesantes.

CAPÍTULO II

El «Owen» era un bar de discreta categoría.

Austin había estado alguna vez allí. Conocía a Tony, el dueño. Un sujeto alto y muy delgado, que siempre tenía la sonrisa a flor de labios.

Cuando Austin entró, la noche estaba cerrando ya y la clientela era abundante.

Austin reconoció a muchos de aquellos hombres. La mayor parte de ellos eran obreros de la «Constructora Benson». Compañeros de Joe Giglio.

El *sheriff* se dio perfecta cuenta de que el rumor de voces decrecía a medida que los hombres iban fijándose en él. A medida que los ojos se posaban en su estrella los labios se cerraban, hasta hacerse un silencio impresionante.

Austin avanzó hacia el mostrador, mirando fijamente al dueño, que secaba unos vasos con nerviosos movimientos. La sempiterna sonrisa había desaparecido de sus labios.

—Hola, Tony —pronunció en voz alta—. ¿Estáis celebrando un velatorio?

Tony intentó sonreír, pero sólo consiguió dibujar una extraña mueca.

—Tengo que hablar algo contigo, Tony —agregó—. En privado.

El dueño del bar le señaló la puerta que se abría en un costado de la sala. Luego abandonó el mostrador para seguirle.

Había allí adentro un individuo que hojeaba unos papeles sobre la mesa de escritorio. Un hombre de estatura media, de aspecto inconfundible para Austin; un hampón.

—Déjanos solos un momento. Mark —dijo el dueño—. El *sheriff* quiere hablar conmigo en privado.

—De acuerdo. Pero no creo que tú tengas nada que decirle — agregó con peculiar sonrisa.

El hombre abandonó el despacho iras envolver a Tony en una profunda mirada.

Después Austin escuchó detrás de la hoja.

—¿Qué diablos les ocurre? —oyó exclamar al hampón al salir a la sala—. Alegren la vida, amigos. Esto parece una funeraria en lugar de un lugar de diversión.

Enseguida se elevaron las notas de la máquina tocadiscos automática.

—¿Quién es ese tipo, Tony? —inquirió.

—Mi contable.

—¿Desde cuándo necesitas tú un contable?

—Desde hace seis meses exactamente. Aumenta la clientela y las cosas se complican, Austin. Ése no es mi fuerte y prefiero tener los libros en perfecto orden.

Austin captó el tono de ansiedad de su voz.

—¿Qué se ha hecho de la proverbial alegría de Tony? —agregó.

—Bueno. Todos los días no tiene uno las mismas ganas de juerga, Austin —respondió forzosamente.

—Y tú has perdido el humor desde hace seis meses exactamente.

Tony rehuyó su mirada.

—¿Qué sabes de Joe Giglio? —Disparó el *sheriff* de pronto.

El otro se sobresaltó.

—Lo que dicen los periódicos —respondió al fin con un hilo de voz.

—¿Nada más que eso, Tony?

—Alguien lo asesinó. Lo he leído hoy, hace unos momentos. Lo conocía muy poco. Venía algo por aquí, pero Joe Giglio era muy reservado.

Recitaba las palabras como una lección aprendida de antemano al pie de la letra.

Austin comprendió.

—Tienes miedo, Tony —dijo—. Miedo a que alguien te convierta en fiambre si hablas demasiado.

Tony hizo un gesto de protesta, que fue atajado por el *sheriff*.

—No me interrumpas —agregó Austin—. Sé lo que me digo. Conocías a Joe muy bien. Sabes algo de él, de las causas que han

motivado su muerte. Nos conocemos hace mucho tiempo y no puedes engañarme. Tienes miedo, un miedo atroz. Algo sojuzga tu ánimo. Tengo una clara noción de lo que está sucediendo, aunque no he podido profundizar demasiado aún en el asunto. La basura se ha amontonado sobre River City sin que yo me apercibiese de ello. Ahora he de limpiar la ciudad. A grandes males, grandes remedios. Espero que cuando llegue la hora no te cuentes entre esa inmundicia basura.

—No te entiendo, Austin —pronunció el dueño del bar con voz opaca.

—Sí que lo entiendes. También sé que no sacaré nada en limpio tratando de arrancarte las cosas por la fuerza. Hay que dar tiempo al tiempo. Escondes ahora la cabeza como las avestruces ante el peligro. Y como las avestruces evitarás ver el peligro, pero no podrás impedir que caiga sobre ti. Cuando recobres el valor, cuando te sientas un hombre de verdad y no un cobarde avestruz, avísame. Habrás hecho un gran servicio a la ciudad y te lo habrás hecho a ti mismo.

Abandonó seguidamente el despacho y el bar.

Cuando salió afuera las sombras de la noche habían caído ya, mitigando el fuerte calor del día.

Apenas había acabado de entrar en su oficina cuando repiqueteó el timbre del teléfono.

—¿Hola?

—Soy Alex.

—¿Alguna novedad?

—He seguido a nuestros hombres. Se hallan en el «Jaunty Club».

—¿En el «Jaunty»? —exclamó Austin.

—Eso mismo.

—Bien. Parece que Jack Wayr hace honor a su fama —comentó el *sheriff*.

—¿Cuál es su fama?

Austin dio un manotazo al aire.

—Te lo explicaré más tarde. ¿Sabes, Alex?, de vez en cuando debes leer los avisos y los informes que llegan a la oficina. Para ser un buen defensor de la ley es preciso algo más que obedecer las órdenes como un lebel y leer alguna que otra novela policíaca para ambientarse.

—Bien. Te espero aquí. Los pájaros no han levantado aún el vuelo.

Colgó seguidamente, acudiendo a la Houston Street, la calle más populosa de la ciudad, donde se hallaba enclavado el «Jaunty», en la esquina de la Carring Street.

Alex había aparcado el coche en la acera fronteriza, de forma que dominaba bien la amplia entrada sobre la que se exhibía un gran anuncio luminoso con el título del club.

Se instaló junto a su ayudante, que ocupaba el baquet.

—Tardan demasiado, ¿no crees? —comentó.

—Desde luego. Pero no me ha parecido conveniente entrar y decirles que se den prisa en acabar la conversación.

—Claro. A veces me asombras por tu talento, Alex.

—Dejemos esto, ¿quieres, Austin?

—De acuerdo.

—¿Qué dice ese informe de Jack Wayr?

—Procede de Nueva York —respondió el *sheriff*—. Se vio complicado en un sucio negocio de trata de blancas y estupefacientes. No se le pudo probar nada. Se le vigilaba de cerca y entonces abandonó la ciudad y vino aquí.

—¿Montó el club con su dinero?

—Eso parece.

—Comprendo. La cabra siempre tira al monte, ¿eh, *sheriff*?

—Eso mismo.

Alex reparó en la conmoción que sacudía de repente al *sheriff* al reparar en un individuo que caminaba lentamente por la acera fronteriza, al parecer en línea recta al «Jaunty».

Se trataba de un hombre bajo y achaparrado, de rostro sonrosado y expresión bonachona, distraída a la vez. Dos gruesos cristales ocultaban sus ojos pardos y mortecinos. Debía rondar los cincuenta y cinco, pero su innato gesto de bondad tendía a hacerle representar alguno menos. Tenía el pelo enteramente blanco, muy escaso por el centro. De su diestra pendía un grueso portafolios negro.

—¿Lo conoces? —inquirió Alex señalándolo.

—Claro. ¿Me has oído hablar alguna vez de Bill Maddox?

—Pues... creo que sí. Un viejo amigo tuyo, ¿no?

—Exacto, Alex. Un gran amigo, un experto contable y un

hombre de corazón. Su único defecto es quizá su exceso de bondad. Parece que trabaja en el «Jaunty».

—Puede ser un mero cliente.

—¿Bill cliente de un club? —exclamó Austin—. Ni pensarlo. Lo conozco bien a fondo —agregó animándose su semblante—. Bill sólo tiene dos pasiones en este mundo. Su profesión y su esposa. Todo lo demás carece de interés para él. Además, lleva un portafolios. Una señal de que se dispone a trabajar. Eso quiere decir que podemos contar con un gran aliado en el propio cubil de la fiera.

—Si trabaja para Wayr y éste se halla implicado en el asunto, no creo que ese Bill pueda inspirarte mucha confianza.

—Sé lo que estás pensando, compañero —apuntó Austin—. Y te aseguro que te equivocas. Una vez trabajó para Patrick Mae, un hampón de Miami. Yo figuraba entonces en la nómina de la policía de esa ciudad. Bill le llevaba los libros sin hacer preguntas indiscretas. No cabe en su cabeza la idea de que alguien pueda dedicarse a producir el mal. Siempre cree que todos son como es él. Nunca he visto a un hombre tan sorprendido como Bill lo estuvo cuando le revelé toda la verdad. Entonces colaboró conmigo. Gracias a sus confidencias pudimos acabar de una vez para siempre con el nefasto imperio del crimen implantado por Mae. Te aseguro que su voz no tembló cuando declaró ante el Tribunal.

Alex conocía aquella parte de la vida del *sheriff*.

Austin Gravey era entonces un policía joven e inexperto. Allí se curtió en la lucha contra el crimen. Y se endureció. Los hampones de Mae mataron a una joven por la que Austin se interesaba. Era quizá una ilusión, pero el joven sentíase atraído por ella. Desde entonces Austin Gravey habíase lanzado a una lucha sin cuartel contra el mundo del hampa.

Hacía tiempo ya de eso. La vieja herida debía haber cicatrizado. El paso del tiempo es el mejor bálsamo contra el dolor. Pero de todo aquello iba a quedar un profundo rencor hacia el mundo del hampa en lo más profundo de su ser. Un rencor que no se mitigaría. Eso haría de Austin Gravey un hombre terrible para los delincuentes.

—Resulta un poco sospechosa esta coincidencia, Austin —pronunció el ayudante.

—¿Qué coincidencia?

—Ese Bill trabajó para un hampón en Miami. Ahora lo hace para otro que nada tiene que envidiar a aquél.

Los labios de Austin esbozaron una tenue sonrisa.

—Entiendo tu punto de vista, Alex —dijo—. Te aseguro que yo pensaría lo mismo de no conocer a Bill Maddox a fondo. Pero esto es perfectamente natural, aunque a ti te parezca una incongruencia.

—¿Por qué es natural?

—Porque Bill ama su profesión. Cuando se enfrasca en la tarea de anotar cuentas y saldos en sus libros, se aísla materialmente del mundo que le rodea. Es suficiente mantener un poco en secreto el origen de algunos ingresos para que Bill no se de cuenta de nada. Y es un contable extraordinario.

Alex le señaló la puerta del club.

Robert Twint emergía en ese instante por ella acompañado de los dos hampones que lo habían llevado allí.

Alex conectó el encendido del motor al verlos encaminarse al coche aparcado junto a la entrada, en el que habían llegado.

En ese momento vieron por el espejo retrovisor acercarse al patrullero a un hombre joven, de aspecto achulado.

Éste sacó de pronto un cuchillo y lo clavó de golpe en la rueda posterior derecha del vehículo policiaco, continuación echó a correr hacia la próxima esquina de Milton Street.

—Maldito coyote —bramó Alex abriendo la portezuela al mismo tiempo que el *sheriff*.

—Yo me encargo de él —dijo Austin antes de correr tras el joven—. Mira de hacerte con un coche y seguir a Twint.

Cuando alcanzó la esquina, el hampón había cruzado la calle y se acercaba a la entrada de un callejón, en el que se desarrollaban obras para el ensanche de la ciudad.

Llegó a la esquina con el tiempo justo de ver desaparecer la sombra del fugitivo en el interior del esqueleto de hierro y cemento de un edificio de doce plantas en construcción.

Sólo contaba con media docena de casas habitadas a la entrada de la calle, de forma que el alumbrado era deficiente y no alcanzaba hasta la nueva construcción. Austin se detuvo junto a la primera columna de cemento, empuñando su revólver y atisbando con precaución las tinieblas del fondo.

Aquello podía ser una trampa. Era obvio que el hampón había

contado con la ventaja suficiente para adentrarse por allí antes que él pudiese descubrirlo. Sin embargo habíase dejado ver. ¿Por qué?

Avanzó unas yardas, hasta alcanzar el gran hueco central.

Allí volvió a detenerse, intentando taladrar las tinieblas a su alrededor y tendiendo el oído.

Percibió un leve roce.

Seguidamente se produjo un fuerte deslizamiento.

Austin comprendió lo que ocurría. El hampón había ascendido a una altura donde se hallaban los mandos de la grúa. Acababa de accionarlos, dejando caer sobre él una carga de ladrillos.

Se arrojó en plancha a un lado, cayendo sobre un montón de planchas de hierro para el encofrado.

Se encogió sobre sí mismo al tiempo que los ladrillos empezaban a caer con estrépito al suelo.

El fragor se prolongó durante largo rato. Algunos cascotes cayeron sobre él de rebote, pero apenas le causaron leves magulladuras.

Austin se incorporó con presteza, situándose junto a la derrumbada carga.

A través del hueco atisbo el busto del hampón asomándose por la tercera planta.

Disparó sin la menor vacilación.

El busto desapareció. Luego, un arma crepitó arriba en respuesta a su balazo.

Austin, habituados ya sus ojos a la oscuridad, empezó a subir la escalera de hierro que conducía a las partes superiores del almacén sin soltar su revólver.

De pronto vio a su adversario sobre él, asomando medio cuerpo fuera para asegurarse la puntería.

Oprimió el gatillo de su arma por tres veces consecutivas.

Se elevó un horrible alarido. Después, el bulto de un cuerpo humano cruzó el espacio junto a él, rozándole de cerca.

El vertiginoso descenso terminó en un electrizante ruido al estrellarse sobre el montón de ladrillos arrojados contra él.

El *sheriff* retornó abajo.

Examinó el cadáver del hampón a la luz de su foco de bolsillo.

Uno de sus balazos le había atravesado el pectoral mayor. No era ciertamente una herida mortal, pero su cráneo estaba

fragmentado por el golpe.

No encontró nada en sus bolsillos que pudiera servirle como pista. De forma que abandonó el callejón, donde nadie parecía haberse apercebido de la tragedia.

Desde un teléfono público avisó al juez y una ambulancia. Después regresó a su oficina.

Alex estaba ya allí, paseando como un león enjaulado.

—¿Qué pasó con el hampón, Austin? —inquirió al verlo entrar.

Se lo dijo.

—¿Qué pasó con Robert, Twint? —le preguntó el *sheriff* entonces.

—Se esfumó. Encontré un taxi, pero nos dieron esquinazo.

—Bien. Vamos a su apartamento. Quizá lo han llevado allí. Si está borracho es posible que podamos arrancarle algo.

Pero Twint no había regresado aún a su apartamento.

Tras varias llamadas infructuosas, Austin se decidió a hablar con el conserje, que ya se disponía a retirarse para dejar paso al vigilante nocturno.

—Hemos tratado de localizar a Robert Twint sin conseguirlo. Creo que usted puede darnos algunos datos que precisamos.

—Bueno —respondió el hombre—. Twint trasiega el *whisky* como si fuese agua. Es un veterano de la guerra. Tomó parte en el desembarco de Normandía. Recibió una herida en la cabeza y eso le afectó el cerebro.

—Entiendo. ¿Sabe dónde trabaja?

—Pues durante estas últimas semanas trabajó como guarda nocturno para la «Constructora Benson». El capataz lo sorprendió por dos noches durmiendo la borrachera y lo despidió. Tengo entendido que ese puesto sigue vacante. La verdad es que esas obras están muy apartadas de todo lugar civilizado y no es fácil que nadie sienta la tentación de robar una máquina excavadora. Y estando Twint allí podían robarla de todas formas.

—Ya. Gracias por su información.

Salieron a la calle.

—¿Te das cuenta, Alex? —murmuró el *sheriff*—. Este rompecabezas empieza a tener forma, a mostrarnos su dibujo. Twint trabajó para la Benson. Debió acercarse anoche a las obras para ver de localizar al capataz y presencié el asesinato de Joe Giglio. Y es

indudable que esa herida de guerra en la cabeza le ha afectado el cerebro. De otro modo no hubiese tratado de someter a chantaje a los asesinos. Es demasiado peligroso careciendo de unas pruebas que puedan acusarles en caso de muerte.

—¿Crees que volveremos a verlo vivo?

Austin se encogió de hombros.

—No tengo muchas esperanzas al respecto —confesó—. Pero ahora sí tenemos algunos caminos a seguir.

—¿Por ejemplo?

—Jack Wayr y el propio Benson. Al primero trataremos de llegar por mediación de Bill Maddox. Todo eso corre de mi cuenta ahora. Puedes retirarte ya a descansar, Alex.

—De acuerdo. Suerte, compañero.

El *sheriff* inquirió por teléfono en el «Jaunty» si Bill Maddox se encontraba allí.

No se dio a conocer. No era conveniente que nadie supiese allí que Bill Maddox contaba con la amistad sincera del *sheriff* y menos aún que deseaba hablar con él. Eso podía acarrear malas consecuencias para Maddox.

Habló con él y lo citó en un bar, donde podían hablar con entera libertad.

Bill no tardó en llegar al reservado. Avanzó al encuentro de Austin sonriendo como solo él sabía hacerlo.

—Mi querido Austin —pronunció, estrechando la diestra del joven—. Éste es uno de los momentos más gratos de mi vida. De verdad que es algo grande apreciar a alguien que está ausente y encontrarse de pronto con él. Esta satisfacción no puede compararse a nada. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Por casualidad. Y escucha, viejo; es cierto eso que has dicho de la satisfacción de ver a alguien a quien se aprecia de verdad después de una prolongada ausencia. ¿De veras no sabías que tu viejo amigo Austin Gravey es *sheriff* de River City?

—¡Oh! Ya sabes cómo soy yo, muchacho. No me entero nunca del mundo que me rodea. ¿Cuándo me has descubierto?

—Hace muy poco tiempo. Una hora más o menos. Te vi cuando entrabas al «Jaunty».

—¿Cómo diablos no me llamastes entonces, Austin? —le amonestó.

—Imperativos del servicio, viejo.

—Demonios, muchacho. Jamás hubiese pensado que íbamos a encontrarnos aquí y menos que tú fueses el *sheriff*. Cuando nos conocimos pertenecías a la policía de Miami.

—Es cierto. Pero después de la caída de Mae vine aquí. Ésta es mi ciudad natal, Bill.

—Comprendo, Austin. Y ahora debes venir conmigo. Bertha se alegrará mucho de verte. Preparará para ti una de esas tartas de albaricoque que tanto te gustan.

—Espera un momento, Bill —le retuvo por un brazo—. Otro día veré a Bertha. Ahora necesito hablar contigo. Es algo muy importante.

—Podemos hablar allí también. Además...

Be paró en seco al reparar en la seriedad del *sheriff*.

—No —susurró—. Está visto que no doy una en el clavo. Ocurre algo muy especial, ¿verdad, Austin?

—Sí, viejo; algo muy especial.

Bill movió lentamente la cabeza.

—Empiezo a comprender, muchacho. No me has citado aquí para saludar a un viejo amigo, sino porque el deber te obliga a hacerlo.

—Exactamente, Bill. Pero quiero que sepas una cosa. De haber sabido que estabas en River City yo te habría buscado de todas formas para saludarte. A ti y a Bertha.

—Eso lo sé, Austin.

—Bien —agregó el joven—. He visto la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro. Me ha parecido bien aprovecharla.

—Muy razonable. ¿Qué quieres de mí?

—Trabajas para Jack Wayr, ¿no es así? —preguntó tras un corto silencio.

—Por supuesto. Eres el mismo sagaz investigador de siempre, ¿eh, muchacho? Lo llevas en la sangre, Austin —sonrió con bondad.

—Creo que tienes razón en eso. ¿Qué me dices de tu nuevo patrón?

—Pues se porta bien conmigo.

—¿Nada más que eso?

—Bueno. Tenía los libros muy descuidados cuando yo me hice cargo de ellos. Estaba muy necesitado de alguien que pusiera las

cosas en orden. Ya sabes cómo suelen ser esos hombres que se hacen a la vida ociosa. Les gustan las mujeres bonitas, el buen tabaco, el buen licor y la buena mesa. Acumulan así grasas hasta en el cerebro. Las mujeres en particular le vuelven loco. Pero se porta conmigo como un perfecto caballero. Me paga casi el doble de lo que me cotizarían en cualquier empresa por ahí.

—¿Eso es todo, Bill?

—Pues sí. Voy a ser sincero, Austin. Aquello que ocurrió en Miami me dejó muy escarmentado. Me aseguré que no iba a sucederme con Wayr lo mismo que con Mae. Aquí no hay nada de eso, muchacho. Ni estupefacientes ni trata de blancas. Me aseguré bien de ello.

El *sheriff* observó atentamente a su interlocutor con sonrisa indulgente. Porque a pesar de sus palabras, era indudable que las presuntas de Austin habían despertado en él una recóndita aprensión.

—Eres demasiado bueno, Bill, demasiado sencillo —dijo—. Y la bondad siempre lleva aparejada la inocencia. Quizá tengas razón en una cosa; que Wayr no debe traficar en drogas y los libros que tú le llevas estén claros y limpios.

Bill tragó saliva con dificultad antes de inquirir:

—¿Crees que Wayr...?

—Eso mismo. Hay muchas maneras de manejar negocios ilegales dejando de lado las drogas y las mujeres. Te aseguro que Wayr hace eso. Su negocio ilícito ha ocasionado ya dos víctimas. Seguramente serán más si no podemos poner pronto coto a sus actividades.

Vio brillar el estupor en los ojos de Bill, que se desorbitaron tras los gruesos cristales de sus gafas.

—No es posible —susurró.

—Lo es, Bill.

—Pero... ¿estás seguro de ello, Austin? —inquirió con voz débil.

—Hay claros indicios de que es como te he dicho.

Después le contó lo que sabía.

—Sí que Wayr parece complicado en este lío —musitó Maddox mirando ahora al *sheriff* con aturdimiento.

—Eso no puede dudarse después de lo que oí a Twin y su estancia en el «Jaunty Club». Ahora bien, es necesario conocer a fondo la verdadera posición de Wayr en este asunto. Si es el

promotor de este «racket» o un simple miembro de la organización que se limita a obedecer órdenes. Entonces quiere decir que ese alguien que labora en las sombras es lo que más puede interesarnos.

—Entiendo —apuntó Bill—. El club figura a su nombre, por supuesto. Aunque no creo que eso sea óbice para que haya alguien por encima de él.

—No lo es, desde luego. Puede ser la cabeza visible, pero sin cerebro. Es lo que quiero averiguar.

Hizo una breve pausa, preguntando a Bill:

—¿Quién te proporcionó este empleo?

—La Agencia de Colocaciones Tracy, de Pecos.

—He oído hablar de ella —alegó Austin, agregando—: ¿Cómo se te ocurrió la idea de venir a Texas, viejo?

—Bueno; después del asunto de Mae no me pareció conveniente continuar en Florida. Tú mismo me aconsejastes que me ausentase de allí para evitar una posible venganza de algún amigo de Mae. Fuimos entonces a Pecos como hubiésemos ido a cualquier otra parte. Se me ocurrió inscribirme en esa agencia de colocaciones y enseguida me avisaron. Conque Bertha y yo preparamos las maletas y aquí estamos. Pero presiento que va a ser por poco tiempo.

—Ése es también mi criterio, viejo.

—Es mi sino —suspiró Maddox—. La primera empresa en que me inicié fracasó por una dirección incompetente. La siguiente resultó una empresa fraudulenta, cuyo dueño se largó de la noche a la mañana con todo el dinero de los accionistas. Luego vino Patrick Mae. Y ahora... esto. Parece como si fuese buscando a propósito los puestos más inestables. Un hombre como yo, que sólo desea paz y tranquilidad, metido de lleno en todos los cubiles de granujas que me salen al paso.

—Olvídalo, Bill —sonrió el *sheriff*, divertido en parte ante el gesto compungido del contable—. No tienes la culpa. Tú lo has dicho; es tu sino. Pero no es motivo para que te sientas contrariado. Todo lo contrario, Bill.

—¿Lo contrario?

—Claro, viejo. Gracias a ese sino pudistes prestar en Miami un gran servicio a la sociedad. Ahora puedes repetirlo.

Bill miró a su interlocutor de soslayo.

—¿Quieres decir que debo repetir aquí lo de Miami?

—Eso mismo. A nosotros nos cerrarán todas las puertas.

—Sí; supongo que sí.

—Es seguro. Tendremos que buscar los más recónditos resquicios para poder atisbar. Una ardua labor, erizada de dificultades. Tú ya estás dentro, Bill.

El hombre asintió con lentos movimientos.

—Entiendo —dijo—. Y tienes razón de eso.

—Quiero aclararte antes de nada que no estás obligado a ello.

—Ya —exclamó el viejo—. Pero yo quiero aclararte también que no quiero encontrarme dentro de la casa cuando ésta se queme. Trataré de ayudarte —agregó con un gesto de cómica resignación—. Espero tener suerte.

—Es lo que más deseo en este mundo. De verdad, Bill. No te expongas para hacerlo. Limitate a ver y escuchar. Es suficiente.

Bill apuró de un trago el *whisky* de su vaso antes de decir:

—Puedo asegurarte, como ya te he dicho, que los libros están en perfecto orden. Todo lo relacionado con el club. Nada ilícito en ellos.

—Lo imagino. Si Jack Wayr es un simple hampón, no te será difícil averiguarlo. Si verdaderamente maneja él los hilos de la organización, lo más lógico es que esos ingresos los anote en otros libros. Y si no, también, para rendir cuentas al jefe supremo. Si puedes localizar el lugar donde los guarda, avísame. Una orden de registro los pondrá en nuestras manos. Eso es todo, Bill. Recuerda que confío plenamente en tu eficiencia.

—Descuida. ¿No puedes venir ahora a casa conmigo? Bertha se alegraría tanto de verte...

—No más que yo de verla a ella. Pero no disponga de tiempo en este instante. Salúdala de mi parte, Bill. Un día de éstos me presentaré allí de improviso. Dame tu dirección.

El hombre le entregó una tarjeta, despidiéndose a continuación.

Austin se retiró a descansar tras una última visita la oficina.

Al día siguiente se presentó en las oficinas que la empresa constructora había instalado en River City.

El capataz había informado que mister Benson, el dueño, había

llegado de San Angelo; era un hombre de edad avanzada, alto y delgado, de rostro surcado de grandes arrugas.

Había empezado desde abajo y se complacía en ufanarse de los progresos que había conseguido a lo largo de una vida pletórica de trabajos y renunciamentos.

Austin se fue derecho al grano, le expuso el caso con rudeza.

Pero Benson se limitó a hacer un despectivo encogimiento de hombros.

—Comprendo perfectamente su punto de vista en este asunto, *sheriff* —dijo—. Lamentable lo ocurrido a Joe Giglio. Pero créame que yo no puedo solucionarle nada al respecto. Esos hombres gozan de los mismos derechos que el resto de los trabajadores del país. Puedo mostrarle las nóminas.

Austin inspeccionó los libros por pura rutina. Y encontró todo en perfecto orden, como ya había supuesto tras sus últimas palabras con el empresario.

Benson podía estar limpio de culpa, aunque sólo en parte. De todas formas, aunque estuviese de acuerdo con el *gang* era lógico que no tuviese nada al descubierto que pudiera delatarle.

—¿Cómo fue admitiendo a todos esos hombres? —inquirió al terminar el examen.

—Tengo siempre un número determinado de trabajadores. Cuando necesito ampliar la plantilla para realizar obras como ésta, me limito a pedir hombres a la agencia de colocaciones de Tracy, en Pecos. Siempre me ha servido bien.

Austin captó la nota falsa de su voz. Ahora estaba seguro de que aquel hombre estaba sometido a presión por los hampones, exactamente igual que sus obreros extranjeros. Pero creció su interés al oír sus últimas palabras.

La agencia de Tracy había enviado a esos hombres. Y también a Bill Maddox al club del hampón neoyorquino. Eso parecía indicar una conexión entre la agencia y el *gang*.

—¿No le extrañó el hecho de que fuesen extranjeros todos los obreros que le proporcionaba?

—¿Por qué habría de extrañarme?

—Es un detalle un poco fuera de lo normal, ¿no cree?

—Depende del punto de vista que se tenga de las cosas —replicó Benson sin turbarse lo más mínimo—. Confío en Tracy. Siempre me

ha servido muy bien. Esos hombres hacen bien el trabajo. Son nuevos en el país, lo desconocen y desean abrirse camino en él. Cumplen mejor que nadie precisamente por esa causa.

Austin no añadió nada más.

Benson parecía sincero ahora, en sus últimas manifestaciones. De forma que se dispuso a ir a Pecos y hablar con aquel Tracy, el dueño de la agencia dedicada a las colocaciones.

Estaba seguro de que allí sí iba a encontrar algo de sumo interés para él.

Emprendió la marcha en un coche patrullero.

Apenas habíase distanciado un par de millas de la ciudad cuando percibió el presentimiento de que algo anormal estaba sucediendo.

Dobló el pronunciado recodo a escasa velocidad. Luego aplicó el pedal del freno al ver emerger un coche de un costado del camino, cortándole el paso.

En ese momento se elevó el electrizante crepitar de un ametrallador desde unos setos cercanos.

Austin se encogió en su asiento de un modo inverosímil, eludiendo las balas, que astillaron los cristales de las ventanillas, repiqueteando con un ruido característico en las partes metálicas de la carrocería.

Austin abrió levemente la portezuela y disparó su revólver contra los setos.

Unos segundos después el coche se ponía en movimiento y el *sheriff* sólo pudo ver al hombre que portaba el ametrallador entrar en él, sin que pudiera contenerlo a balazo limpio.

Fue a conectar el encendido. Y maldijo sordamente al comprobar que las balas habían dañado el motor y no funcionaba.

Se apeó, esperando el paso de un vehículo para regresar a River City o proseguir hasta Pecos.

Sonrió al comprobar que lo que legaba en primer lugar era un coche patrullero procedente de la cercana ciudad.

Uno de sus policías asomó su cabeza por la abierta ventanilla para decirle:

—Alex quiere verle, *sheriff*.

—¿Qué sucede?

—Dice que acaba de llamar un tal Bill Maddox y que es urgente

al parecer.

CAPÍTULO III

Austin regresó a la oficina en el otro patrullero.

Desde allí se puso en contacto con Bill.

—¿Bill? Soy Austin. ¿Qué sucede, viejo?

—Creo que lo tengo, Austin —respondió el contable en tono de evidente excitación.

—Bien. Empieza.

—Esta mañana he acudido al club. Entré en el despacho de Wayr. Tenía que consultarle unas notas. Sobre la mesa de su despacho tenía un libro de contabilidad. Fui a hojearlo y me lo arrebató de las manos con una sonrisa. Dijo que ese libro no me pertenecía a mí. Lo guardó en la caja fuerte. Había otros allí. He hablado con tu ayudante. Quizá te he estropeado un asunto importante.

—Nada de eso, Bill. Alguien me lo había estropeado ya. Considero más importante lo que acabas de decirme.

—Pero Alex me dijo que ibas a realizar ciertas gestiones en Pecos. Es posible que...

—Olvídalo, viejo —le atajó Austin—. Me dirigía a Pecos para hablar con Tracy. Ese hombre está en contacto directo con el *gang*. El te proporcionó el empleo cerca de Wayr y a Benson todos los hombres sometidos a presión.

—Bien. Me gustaría no haberme equivocado.

—Nada de eso. Me atacaron en el camino. Unos disparos de ametrallador.

—¿Y...?

—Nada. Sólo el coche ha sufrido una pequeña avería.

Austin acudió al despacho del juez Warren para proveerse de una orden de registro.

Algo que le costó trabajo obtener. El juez inquirió el objeto de aquello y Austin tuvo que darle toda clase de explicaciones. Una meticulosidad que impacientó al dinámico *sheriff*.

Al fin Alex y él se presentaron en el «Jaunty».

El club estaba montado con todo lujo. Decorados modernos, buena orquesta y excelentes atracciones.

A esa hora la clientela era escasa.

Wayr los recibió en su despacho.

Era alto, bien proporcionado. Tenía una edad aproximada a la de Austin y sus facciones resultaban atractivas, a excepción del brillo perenne de inaudita dureza de sus ojos. Vestía siempre de *smoking*, con una flor blanca sobre su solapa.

Al *sheriff* no le gustó aquella ironía con que los recibió. Despertó su aprensión.

—Orden de registro, Wayr —dijo, mostrándole el documento.

—Bien —sonrió el hampón—. El club está a su entera disposición. Pero le aseguro que se equivoca. Todo aquí es legal. Un negocio honrado como otro cualquiera. ¿Qué quiere ver en primer lugar?

—Su despacho. Más concretamente, su caja fuerte.

Se acentuó la sonrisa del hampón. Acto seguido maniobró en los mandos con absoluta calma, franqueando la puerta de acero.

—La caja está también a su disposición, *sheriff* —pronunció con sarcasmo.

Austin examinó su contenido.

Unos cuantos fajos de billetes y unos libros de cuentos infantiles.

Nada más. Y la caja, como pudo comprobar, no contenía un doble fondo.

Se volvió al hampón con gesto de dureza.

—¿Dónde tiene los libros de contabilidad?

—Los tiene Bill Maddox. El se encarga de eso. Se los suele llevar a su casa para efectuar algunos trabajos. Puedo darle su dirección.

—Estoy aludiendo a los libros que usted mismo guardó en esta caja esta mañana.

—¿Quién le ha dicho eso? —exclamó Wayr con sarcasmo—. No tengo más libros que éstos. Me gustan los cuentos. ¿A usted no, *sheriff*? Son muy aleccionadores. Enseñan a no meterse donde no le llaman a uno. Puede llevarse éstos, si quiere.

Austin contuvo su impulso de estrellar su puño en el mentón de Wayr y borrar así su cínica sonrisa.

Se estaba burlando de él. Era obvio que lo estaba haciendo. Alguien le había comunicado su próxima visita. El juez Warren quizá. O alguno de sus ayudantes en la oficina del Juzgado. Cualquiera de ellos había podido enterarse de lo que se proponía hacer y había contado con el tiempo suficiente para dar el aviso.

Aquellos libros que viera Bill habían sido retirados del despacho. De forma que Austin decidió marcharse del club tras un somero registro del mismo.

No iba a sacar ya nada en limpio. La codicia de los hombres es la barrera más sólida conque tropieza la ley.

—Le espero aquí, Austin —arguyó Wayr—. Pero no como *sheriff*. Austin se volvió a él.

—Y yo espero verlo alguna vez en mi oficina, Wayr. Y no como una visita, sino en calidad de detenido. No olvide que siempre ríe más fuerte quien ríe el último. Usted puede reírse hoy. Quizá alguna otra vez también. Pero le aseguro que las últimas carcajadas serán las mías.

Austin partió seguidamente para Pecos.

Una vez allí no tardó en localizar la oficina de la compañía dedicada a facilitar colocaciones.

Se hallaba en un edificio de la Houston Street cuyas dos primeras plantas estaban dedicadas a oficinas y agencias comerciales. El resto eran apartamentos, uno de los cuales ocupaba el propio Tracy.

Austin encontró cerrada la oficina y nadie respondió tampoco en el apartamento.

Habló con el conserje.

—Claro que conozco al señor Tracy —respondió a su pregunta—. Se marchó hace un par de horas llevando su equipaje. Me entregó la llave de su apartamento para la mujer de la limpieza.

—¿Le dijo adónde pensaba dirigirse?

—No, *sheriff*. El señor Tracy se ausenta con mucha frecuencia, pero nunca dice adónde va. No tiene empleados. Cierto que nunca lleva un equipaje tan voluminoso como esta vez. Dos grandes maletas y un maletín.

—¿Notó algo especial en él; algo que se saliese de lo corriente?

—Pues... Bueno; sí. Me pareció que estaba más nervioso que de costumbre. De todos modos, no creo que tarde mucho en regresar.

—Y yo creo que no lo verán ya tan fácilmente por aquí. Voy a echar un vistazo arriba.

Austin abrió con relativa facilidad la puerta de la oficina valiéndose de un juego de llaves maestras.

Cerró a su espalda, paseando su escrutadora mirada por todos los ámbitos de la sala.

Un pequeño vestíbulo con dos bancos adosados a ambas paredes laterales. Al fondo, una puerta cristalera conducía al despacho propiamente dicho. Pequeño y con un amplio ventanal tras el sillón. Muebles modernos. Mesa, sillas y un armario fichero.

En la mesa no encontró nada que pudiese comprometer a Tracy. Pocos papeles y todos ellos sin la menor importancia.

Se enfrentó con el fichero, cuyos cajones quedaban cerrados con una misma cerradura situada en su parte superior, aunque luego cada uno abriese independientemente de los otros.

Accionó los resortes de la cerradura al segundo intento.

Abrió de golpe el primer cajón.

Luego desistió de su primera idea y lo movió con suma cautela, presa de un súbito presentimiento. Algo que le había ocurrido ya otras veces cuando el peligro le acechaba de cerca.

Descorrió la cortina, dejando que la luz del día penetrase a raudales en la estancia. Luego atisbo el interior del cajón a través de la escasa abertura.

Frunció su entrecejo al divisar un fino alambre sujeto a la cerradura, cuyo otro extremo se perdía bajo un montón de papeles que contenía en su interior.

Austin desató el alambre con ayuda de una fina pinza. Luego abrió el cajón y levantó los papeles, todos en blanco.

Debajo se ocultaba un artefacto explosivo sujeto al techo del armario mediante una varilla interior.

De haber tirado con fuerza del cajón hacia afuera como había pensado hacer en un principio, el alambre hubiese movido un ingenioso resorte de encendido haciendo explotar el artefacto. Y a esas horas su cuerpo, destrozado por la explosión, estaría tendido en el suelo de la oficina mientras la detonación despertara la alarma.

Desmontó el artefacto, dejándolo en uno de los cajones de la mesa. Después se cercioró que Tracy había hecho desaparecer todo cuanto pudiese perjudicarlo.

Acto seguido regresó a River City.

El mismo conserje habíale facilitado descripción y matrícula del auto de Tracy. Con que Austin hizo que esa descripción, junto a la del dueño de la agencia, fuese difundida por todo el Estado.

Alex se presentó al caer la tarde.

—Hay novedades, Austin —dijo nada más entrar.

—¿Qué clase de novedades, muchacho?

—Un tal John Murphy, irlandés y compañero de Joe Giglio, ha recibido una paliza monumental. Está en el County Hospital. Dos costillas rotas, una pierna astillada y el cuerpo cubierto de hematomas.

—¿Se negó también a pagar la cuota impuesta por el *gang*?

—No he hablado aún con él, pero es lo que he pensado.

—Bien —sonrió Austin con ferocidad—. Veremos si esos golpes no han surtido mucho efecto y está dispuesto a soltar la lengua.

El obrero irlandés, John Murphy, ocupaba una habitación de la segunda planta en la imponente mole de ladrillos que es el County Hospital.

Junto a él, su esposa y un compañero. Un obrero de origen italiano que se apresuró a despedirse al ver entrar al *sheriff*.

Pero éste lo retuvo por un brazo.

—Quédese, amigo —le dijo—. Puede interesarle a usted también lo que voy a decir. ¿Cuál es su nombre?

—Umberto. Umberto Aducci.

—Bien; espere un momento, pues.

Avanzó hasta situarse junto al lecho.

John era un joven, de pelo muy rubio. Yacía inmóvil bajo las ropas del lecho, cubierto de parches su rostro. Tenía los labios agrietados y un gesto de dolor en sus facciones.

—¿Quién le golpeó, John? —preguntó el *sheriff*.

El otro tardó un rato en contestar. Y Austin estudió detenidamente sus reacciones.

Primero apareció en sus ojos el rencor, un deseo de hablar, de confesarlo todo, de buscar el castigo de los culpables para satisfacer de esa forma sus ansias de desquite. Pero aquella expresión

desapareció enseguida para ser sustituida por el temor. Un temor que se acentuó al mirar de soslayo a su joven esposa.

Austin comprendió que los golpes habían surtido el efecto buscado por los hampones.

—No vi a nadie, *sheriff* —respondió con voz opaca—. No he tenido jamás nada con nadie. Se echaron de improviso contra mí y me golpearon. Creo que eran tres hombres, aunque tampoco puedo precisarlo. Los primeros golpes me dejaron aturdido. Debían estar borrachos.

—Usted sabe que no —aseveró Austin con aplomo—. Los vio.

—Le he dicho que no.

—Yo sé que sí. Ellos hablaron antes con usted. No necesito decirle de qué tenían que convencerle. Esos hombres forman parte de un *gang* que extorsionan sus vidas. Ustedes obedecen bajo el influjo del miedo. Ellos les proporcionan colocación y les obligan a pagar una cuota de su salario. Es la única forma de que puedan obtener trabajo en un país que desconocen. La amenaza se extiende también a las empresas, que se niegan a admitirlos para evitar disturbios con los hampones. Usted ha debido negarse a plegarse a sus exigencias, como Joe Giglio, y han buscado el modo de hacerle volver al redil con algo más fuerte que unas simples amenazas, al mismo tiempo han evitado liquidarlo para evitar mayores males con la policía. Bastantes quebraderos de cabeza está dándoles ya el haber acabado con Giglio.

—Se equivoca, *sheriff* —murmuró el herido débilmente.

—No me equivoco —replicó Austin apoyando ambas manos en el borde del lecho para acercar su busto—. Usted ha tenido un gesto de rebeldía; de hombría puede decirse con más propiedad. Ahora, después de esto, se ha vuelto atrás. Seguro que le han amenazado con la muerte. La de usted o la de su esposa. Conozco el modo de proceder de esos hombres.

Hizo una pausa, continuando:

—Escuche, Murphy. Los hombres que le han golpeado no tienen mucho interés para mí. Son simples peones en este trágico juego. Pero si pudiésemos capturarlos y acusarles de algo, es como si tuviera entre mis manos un extremo del ovillo. Basta tirar de él para desenredarlo todo. No tiene nada que temer. Su esposa y usted estarán bien protegidos hasta que todo haya pasado. Después, será

libre. Libre, ¿comprende? —subrayó—. Ahora son esclavos de esos hombres. Y hay muchos como usted. Un poco de valor y muchas familias podrán disfrutar del bienestar de un buen empleo y la libertad de elegirlo en el lugar que mejor les parezca. El beneficio, como puede comprobar, es exclusivamente suyo.

Pero Murphy denegó con enérgico gesto.

—No sé de qué está hablando, *sheriff*. No le comprendo. Le he contado ya lo ocurrido.

Austin se irguió.

Paseó su mirada por los rostros de los ocupantes de la habitación, que se la rehuyeron.

Acto seguido abandonó el hospital.

Era inútil. El miedo amordazaba a aquellos hombres. Un miedo colectivo, que les atenazaba el corazón, sojuzgaba su voluntad, un miedo que ponía hielo en sus entrañas.

Aquellos hombres se resignaban con la situación impuesta porque era la muerte lo que esperaba a los reacios. Joe Giglio había pagado con su vida y el aviso resultaba contundente. Era la reacción lógica de unos hombres que habían perdido la individualidad para convertirse en masa.

Austin regresó a su oficina.

Los contratiempos, no le habían desalentado jamás. El nunca se daba por vencido en aquella lucha contra el hampa.

El sonido del timbre del teléfono lo sacó de su abstracción.

—Dígame.

—¿Hablo con el *sheriff* Austin Gravey?

—Exacto. ¿Quién es usted?

La voz era de mujer. Su tono sonaba tenso, ligeramente vacilante.

—Mi nombre es Marta Aducci —replicó.

—¿Aducci? Su esposo se llama Umberto, trabaja para Benson y es amigo de John Murphy, ¿no es así?

—Sí, *sheriff*.

—He visto a su esposo en el hospital.

—Lo sé. Acaba de regresar a casa y me lo ha dicho.

—Bien —la animó—. Dígame lo que sea, señora Aducci. No vacile.

La mujer dejó transcurrir una breve pausa antes de proseguir:

—Hemos pensado mucho en lo que usted ha dicho a Murphy. Quiero hablar con usted a propósito de eso.

—¿Su esposo está conforme en que lo haga?

—Sí. El mismo me ha pedido que sea yo quien lo llame ahora. Estoy en un teléfono público. Está atemorizado y teme que alguien lo vigile a causa de su amistad particular con Murphy y Joe Giglio.

—Comprendo.

—Umberto puede decirle quiénes son los hombres que exigen la cuota y la forma en que hacen la recaudación. Creo que también puede decirle algo respecto al asesino de Joe Giglio.

—De acuerdo. Estaré ahí en un momento. Después serán protegidos debidamente.

Colgó luego de anotar la dirección de los Aducci.

Salió a la calle, encaminándose al vehículo policíaco aparcado en el borde de la acera.

Se detuvo con la mano en la manecilla de la portezuela al ver que Bill Maddox se dirigía a su encuentro.

—Hola, Austin.

—Hola, viejo zorro.

—¿Be fiesta ya, muchacho?

—No seas ingenuo, Bill. Me gustaría saber cuándo guarda fiesta un *sheriff*. Tengo prisa. Otro asunto urgente.

—Señal de que las cosas van por buen camino para ti.

—No te equivocas —sonrió—. ¿Sabes una cosa, Bill? Tienes madera de policía.

—Bueno. Acabas de decir que un *sheriff* nunca está de fiesta. Luego que tienes prisa y además reconoces que las cosas van por buen camino: es señal evidente de que llevas algo bueno entre manos. Bueno desde un punto de vista policíaco, claro.

Luego agregó en un tono más serio:

—¿Sabes, Austin? Wayr ha comentado conmigo lo ocurrido. Te aseguro que le vi guardar esos libros. Ha estado muy sarcástico. Tengo la impresión de que sospecha de mí.

—Comprendo. Si es así has debido llamarme por teléfono en lugar de venir ahora aquí. Wayr es un zorro. Es posible que alguno de sus hombres te vigile estrechamente.

—¿Qué debo hacer?

—No hagas nada por el momento, Bill. Deja que pasen los días.

Limítate a cumplir con tu trabajo como hasta ahora. ¿Has descubierto algo nuevo?

—Si y no —respondió con leve encogimiento de hombros.

—Bonita solución para un crucigrama, viejo.

—Bueno, me ha parecido que podía encerrar interés para ti. Esta mañana estuvo en el «Jaunty Club» George Tracy, el dueño efe la agencia de colocaciones de Pacos. Lo encontré nervioso, excitado.

—¿Qué hizo allí?

—Habló con Wayr por espacio de más de una hora. Se marchó seguidamente.

—Eso es muy interesante, Bill —replicó—. Más de lo que pueda parecerte. Confirma que mis sospechas son exactas.

—¿Tienes, pues, algo contra Tracy?

—Mucho. En primer lugar eso nos permite estrechar lentamente, pero de una manera inexorable, el círculo en torno *el gang*. Toda la policía del Estado busca a Tracy en estos momentos. No creo que tarde en caer en nuestras manos. Estoy seguro que lleva consigo cosas que comprometen a Wayr. De todas formas tiene que rendir muchas cuentas y justificar muchas cosas.

—Bien. Celebro haberte podido ser útil en algo, Austin.

—¿Quieres venir conmigo, Bill? —le invitó—. Puedo dejarte cerca de tu casa. Tengo una cita muy importante.

—¿Alguna mujer? —sonrió con malicia el contable.

—Sí.

—Ya va siendo hora, Austin —sonrió con candidez—. Bertha siempre dice que un hombre como tú debía casarse y...

—No seas agorero. Bill —le atajó—. No se trata de eso. Es la esposa de uno de esos hombres coaccionados por el *gang*. Ella y su esposo están dispuestos a confesarme cuanto saben. Eso me permitirá descargar los primeros golpes contundentes.

—Una valiente pareja, muchacho.

—Exacto, Bill. Creo que los Aducci se merecen un buen destino.

—Por supuesto. Y prefiero que no me lleses. Eso te hará perder unos minutos preciosos. Además me gusta caminar. Es un buen remedio para despejar la cabeza y calmar los nervios.

Austin oprimió el acelerador, torciendo por la Oklahoma Street, que circunda la ciudad por su parte sur.

Los Aducci habitaban en el 1103 de la Pocos Street, en las

afueras, que empalma con la carretera de El Paso a San Antonio.

Allí se erigían una serie de viejas casas de cuatro y cinco plantas.

Aquellas viviendas habían constituido en algún tiempo la zona más coquetona de la ciudad. Hasta que las modernas construcciones, más cómodas y confortables, edificadas con la nueva urbanización de River City, había desplazado hacia el centro a las personas acomodadas que las ocupaban.

Ahora estaban habitadas en su mayor parte por empleados y mostraban las huellas del tiempo en sus fachadas, desconchadas.

El *sheriff* torció por la Harier Street, que lo conduciría rectamente a la calle que ostentaba el nombre del río Pecos.

Vio a un camión de gran tonelaje enfilear la calle frente a él, emergiendo de una calleja transversal.

El camión aumentó su velocidad al aproximarse al coche conducido por Austin. Y de pronto se precipitó a su encuentro con un rápido giro del volante.

CAPÍTULO IV

Austin, rápido de reflejos, se volcó materialmente sobre el volante al tiempo que aplicaba el pedal del freno.

El coche abordó la acera con una violenta sacudida. Luego Austin giró en sentido opuesto, tratando de eludir el choque contra la pared.

El camión embistió la parte posterior del patrullero, desplazándolo hacia un lado con el fragor de hierros al deformarse violentamente.

Austin perdió entonces el control del mismo. No pudo evitar, pese a sus esfuerzos, que el morro se estrellase contra la esquina de un zaguán, destrozando el radiador y las aspas del ventilador.

El sintió un fuerte golpe en el hombro izquierdo. Algo que no le impedía mover el brazo con soltura.

Saltó afuera con rapidez empuñando su revólver.

Pero sólo llegó ya a tiempo de ver la parte trasera del camión desaparecer por la cercana esquina.

Abandonó el coche, haciendo caso omiso del grupo de curiosos que empezaba a congregarse en torno al vehículo, atraídos por el estrépito.

Avisó a Alex para que se encargase de ordenar que una grúa llevase el coche a un garaje. A ese paso todos los patrulleros iban a estar averiados por obra y gracia de los miembros del *gang*.

Luego se encaminó a buen paso hacia la cercana Pecos Street.

Un pensamiento obsesionante le martilleó el cerebro.

Habían intentado liquidarlo. Pero tenía también la corazonada de que aquel golpe no había sido dirigido exclusivamente contra él.

Empezó a comprender que su corazonada era acertada al descubrir en la Pecos Street que un nutrido grupo de curiosos se

hallaban congregados en torno a la acera, junto a la puerta del edificio señalado con el número 1103.

Austin se abrió paso a codazos, hasta alcanzar el círculo despejado.

En el centro del mismo había dos cadáveres, en trágicas posturas. Los cadáveres de un hombre y una mujer, ambos de mediana edad.

La cabeza de la mujer estaba destrozada y su sangre se esparcía por una amplia zona de la acera y el zócalo de la fachada.

Austin los examinó someramente.

Reconoció a Umberto Aducci en el hombre. Algo que le hizo oprimir los puños con rabia, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Una hora más tarde ambos cuerpos eran retirados en la ambulancia y Austin entraba en el apartamento de los Aducci junto con Alex.

El *sheriff* señaló a su ayudante unas pequeñas manchas de sangre cerca de la ventana. El resto estaba en perfecto orden.

—Mira eso, Alex —masculló—. Los golpearon antes de arrojarlos a la calle.

—Sí. ¿No crees que debíamos avisar a Pecos?

Austin lo miró con reproche.

—Nada de eso, Alex. Haremos el trabajo solos.

El *sheriff* interrogó a los ocupantes de los apartamentos más próximos.

Nadie había visto nada. No se habían apercebido de la tragedia hasta oír los golpes de los cuerpos estrellándose contra la acera. Después, en medio de la conmoción suscitada por el hecho, cualquiera pudo abandonar la casa sin ser advertido de un modo particular.

Austin abandonó al fin la vivienda con una terrible sospecha.

Aquellos hampones obraban con una rapidez extraordinaria, con una precisión que erizaba el cabello. Y era indudable que estaban al corriente de la situación.

Umberto y Marta Aducci habían querido asegurarse una posición libres de la presión de los hampones. Habían conseguido esto último, pero a costa de ocupar dos tumbas en el cementerio de River City.

Llamó al apartamento de Bill Maddox.

Le respondió la esposa del contable, Bertha.

Austin respondió con simpatía a las palabras de saludo de la mujer.

—¿Está Bill contigo, Bertha? —inquirió a continuación.

—No *ha* llegado aún. Confieso que empieza a preocuparme su tardanza. Hace ya buen rato que llamó desde el club para comunicarme que salía de allí.

—Fue a buscarme a mi oficina para comunicarme algo. Hace más de una hora. Cuando regrese que se ponga en contacto conmigo.

Colgó, sin querer confesar a la mujer su honda preocupación.

El camino de la comisaría a su apartamento era corto. Le había sobrado tiempo para llegar. Pero Bill había dicho que Jack Wayr sospechaba su colaboración en favor de la ley.

Intentó desechar la idea.

Apreciaba a Bill. Si había conceptualizado a un hombre como a un amigo de verdad, éste era Maddox. Le dolía el pensamiento de que su cuerpo apareciese en cualquier lugar, rígido, yerto y cubierto de sangre. Le dolía que eso le ocurriese por su culpa, por haber solicitado sus servicios. Sin embargo...

Antes de retirarse a descansar volvió a llamar al apartamento del contable, pero éste no había regresado aún.

Durmió mal, aguijoneado por la duda. Y el teléfono lo despertó al empezar a clarear el día.

Era Alex.

—Prepárate para iniciar la faena, Austin —pronunció el ayudante—. ¡Y qué faena! Parece que las obras de Benson han atraído a la muerte en lugar de atraer a la gente con ganas de divertirse.

—¿Qué sucede ahí, Alex? —inquirió.

—No concretamente allí, sino en sus proximidades. Han llamado de las obras para comunicar el hallazgo de dos cadáveres. Uno parece deberse a un accidente de automóvil, en el mismo camino que conduce a las obras. El otro está en pleno campo acribillado a balazos. El juez y el forense se han puesto ya en camino.

—De acuerdo. Ven a buscarme. Estaré listo en un momento.

El patrullero devoró la distancia bajo la experta dirección de

Alex.

El coche siniestrado se hallaba a unas veinte yardas del camino, en el fondo de una hondonada.

Las huellas de los neumáticos evidenciaban que habíase salido del camino de tierra para adentrarse por un terreno reseco y muy accidentado. Luego se precipitó de frente en la hondonada, cayendo finalmente de costado.

Toda su parte delantera estaba destrozada.

Austin examinó el cadáver que se hallaba en su interior, encogido de un modo inverosímil.

Era George Tracy.

Su equipaje habíase destrozado por la violencia del impacto, esparciendo en un área considerable su contenido. Ropas y objetos de índole personal.

—Este desgraciado debió sufrir un despiste, precipitándose en esta hondonada —comentó el juez.

—Nada de eso, juez —replicó Austin—. No es un accidente.

—¿No?

—No —rotundizó el *sheriff* con voz tensa—. Es un asesinato. Este hombre estaba muerto cuando el coche cayó por aquí. Es George Tracy.

—Lo sé. Encontramos documentos en sus bolsillos que acreditaban su personalidad.

—Sí. Trabajaba para el *gang*. El proporcionaba carnaza para los buitres a través de su agencia de colocaciones. De pronto dejó de serles útil al ser puesto al descubierto su juego. No era un hampón. Entonces han temido que se fuese de la lengua si le apretábamos las clavijas. Conque se han deshecho de él. Vea esas manchas de grasa en el mismo borde de la sima. El coche estuvo detenido ahí un buen rato. Además, aunque hubiese sufrido un despiste, la distancia del camino hasta la hondonada es demasiado prolongada para no darle tiempo a frenar. Lo más seguro es que lo liquidasen antes a golpes. Luego arrojaron el coche con el cadáver.

—Pero... eso no puede probarse.

—Desde luego. Son muchas las cosas que se saben de una manera positiva y no pueden probarse. Es lo malo de nuestras leyes. A veces creo que la Gestapo sabía hacer las cosas mucho mejor que nosotros. Pero encontraré a los asesinos y a quien dictó esta

sentencia de muerte.

A continuación fueron al lugar donde había sido encontrado el segundo cadáver.

La ambulancia estaba allí y uno de los camilleros había cubierto el cuerpo con una sábana.

Austin levantó la parte superior de la sábana, dejando al descubierto la cabeza y parte del tronco del cadáver.

Reconoció con facilidad a Robert Twint.

Cuatro balazos en el pecho habían puesto fin a su vida. El alcohólico había recibido en plomo el pago de su chantaje.

Volvió a cubrirlo. Luego hizo una señal a su ayudante, retirándose ambos tras ordenar que podía proceder a llevarse los dos cuerpos.

—Ese imbécil cometió un error y lo ha pagado caro —masculló Alex, conectando el encendido del motor.

—Sí —pronunció el *sheriff* sombríamente—. Algo no marchaba bien en su cabeza.

—Cierto, Austin. Nosotros lo vimos salir de allí acompañado de aquel par de hampones. Podemos detenerlas y obligarles a...

—Nada de eso, Alex —le atajó el *sheriff*—. No sacaríamos nada en limpio. Recuerda que tenemos unas leyes. Toda nuestra acusación se basa en que los vimos salir juntos. Pero sólo el propio Robert Twint podría atestiguar contra ellos.

—Comprendo.

—Wayr sabe hacer bien las cosas —agregó Austin—. Alegarían que Twint se apeó del coche en la primera calle y varias personas se presentarían a testimoniar eso. No, Alex. La jugada se inició cuando cortaron el neumático de nuestro coche para impedirnos la persecución. Se necesitan pruebas para formular una acusación y no las tenemos. Hay que rendirse a la evidencia.

Alex masculló sordas maldiciones.

Era cierto aquello. Se hallaban en una especie de callejón sin salida. Conocían a los asesinos, pero no podían intentar nada contra ellos.

Desde la oficina, Austin estableció nuevamente contacto con el domicilio de Bill Maddox.

Continuaba temiendo lo peor respecto al bonachón de Bill. Y el depósito de cadáveres albergaba ya a demasiados inquilinos.

Contestó la voz de Bertha. Una voz que sonaba débil, quebradiza; una voz estrangulada por el llanto.

—¿Qué sucede, Bertha? ¿Alguna mala noticia?

—Sí, Austin —contestó la mujer—. Han traído a Bill.

El *sheriff* sintió un frío intenso en sus entrañas.

—¿Dices que lo han llevado? ¿Qué le ha ocurrido, Bertha?

—Está herido.

Respiró hondo.

—¿De gravedad?

—El médico ha diagnosticado que no hay peligro de muerte. Pero se han ensañado con él.

—Salgo ahora mismo por ahí.

Bertha Maddox le franqueó la entrada. Una Bertha de ojos enrojecidos por el llanto, de expresión dolorida.

Era baja y achaparrada como su esposo y tan dada a la bondad como él. No habían tenido hijos en su matrimonio y toda su capacidad de amar la volcaban el uno sobre el otro.

Bill se encontraba tendido sobre el lecho. Los golpes habían deformado en parte su rostro. Tenía los ojos amoratados y agrietados los labios. El doctor había parcheado su cara, dándole un raro aspecto. Llevaba también el brazo izquierdo en cabestrillo.

Austin fue a sentarse en el lecho junto a él.

—¿Quién te ha hecho eso, Bill? —preguntó con voz tensa.

Maddox lo miró con aquella lucecita de indulgencia que le caracterizaba.

—Han sido dos hombres, Austin —respondió.

—¿Los conoces?

—Sí. Los he visto otras veces hablando con Wayr en el club, aunque no figuran en la nómina del personal. Chester Pearson y Hug Carsen.

Hizo una breve pausa, agregando:

—Siento haberte traicionado, Austin. Pero aquello fue más fuerte que mi voluntad.

—¿Traicionado? ¿Qué pasó, Bill?

—Apenas te habías alejado, cuando un coche se detuvo junto a mí. Carsen me obligó a entrar. Luego me retorció el brazo contra la espalda. Me negué a revelarle adonde ibas en ese instante. Estaba muy interesado en saberlo. Entonces...

Volvió a guardar silencio, continuando después con voz ronca:

—Es increíble el dolor que produce un brazo al romperse. Y la pérdida de voluntad que se experimenta ante el dolor. No tuve fuerza para resistir y se lo dije todo. Todo, ¿comprendes? Me faltó el valor en el momento decisivo.

El *sheriff* le palmoteó el hombro sano.

—Has hecho demasiado, Bill —dijo—. Continúa.

—Se apresuraron a parar el coche y Carsen se apeó para hablar desde la cabina telefónica de la Harier Street. Luego me llevaron hasta un par de millas de la ciudad y me golpearon hasta cansarse. Pensé que había llegado al último instante de mi vida. Tú sabes lo que hice en Miami y lo que estaba dispuesto a hacer aquí. Nunca he sentido el menor temor por ello. Pero bastó el castigo de ese par de hampones para que me acobardase.

—No se puede ser un héroe ante determinadas circunstancias, Bill.

—Bien. Me abandonaron allí, en la cuneta. No sé cuánto tiempo estuve sin sentido. Cuando desperté, el relente me dejó aterido. Pasó un coche casi al amanecer y el conductor accedió a traermelo aquí. Eso es todo, Austin.

—El doctor Ryan le ha vendado el brazo —terció Bertha—. Tiene que hacer una radiografía. Es posible que no esté roto, aunque sí los músculos sufran una fuerte distensión.

—Ojalá acierte en ese pronóstico.

—¿Qué pasó, Austin? —inquirió de pronto el herido—. Esa llamada de Carsen estaba relacionada con tu misión.

El *sheriff* le explicó el atentado llevado a cabo contra él con el camión y el asesinato de los Aducci.

Un tenue sollozo escapó de la garganta de Maddox al oír esto último.

—La culpa es mía, Austin —musitó—. Me siento responsable de esas muertes.

—No puedes decir eso, Bill. No puedes cargar esa culpa moral sobre ti. Hay cosas inevitables y ésta ha sido una de ellas. Nadie podía prever esa contingencia. Ellos han obrado con una rapidez insospechada. Yo también me siento responsable de lo que te ha ocurrido, y con mucho más motivo.

—Olvídalo, Austin. Celebro haber abandonado ese nido de

hampones que es el «Jaunty». Lo único que lamento es que voy a faltarte en el momento que más me necesitas.

—No te preocupes, Bill —le animó—. Lo lamentable es tu sufrimiento. El resto creo que tiene buen arreglo.

—¿Qué proyectas, Austin?

—Dijiste que Wayr tiene debilidad por las mujeres. Bien; una mujer te sustituirá en el club cerca de él. Debo confesar que ella me guarda rencor por cierto asunto, pero es la única mujer que puede llevar a cabo este trabajo. Ahora, descansa, Bill. Lo necesitas.

CAPÍTULO V

El *sheriff* Austin abandonó el ascensor en la décima planta del edificio señalado con el número 113 th, de la Dallas Avenue, en Pecos.

Desde allí podía divisarse una buena panorámica de la ciudad cuya monotonía de ventanas y tejados se truncaba por la cinta verde azulada del río Pecos, que corría al norte de la ciudad.

Pulsó el botón del zumbador del apartamento 308-B.

Enseguida percibió unos tenues pasos acercarse a la puerta desde adentro.

—¿Quién es?

Sintió cierta emoción al captar el sonido de aquella voz femenina, aunque ahora tuviese una extraña entonación. Pero era inconfundible para él.

Reconocería siempre entre un millón la voz de Jenny Bryce. Quizá porque era la única mujer que había calado hondo en sus sentimientos.

Margaret, la joven muerta a manos de los hampones de Mae en Miami, era un grato recuerdo. Ella le había ilusionado, pero sin profundizar hasta el punto que lo había hecho Jenny. Sin embargo, ésta le había tirado a la cara todo su desprecio.

Sí; ella tuvo razón al hacerlo. El destino lo había querido así. Era duro enamorar a una mujer con el único objeto de perder a su padre, hundir al único familiar en quien ella tenía un apoyo en este mundo.

Sí; era duro envolverla en un escándalo, hundir su porvenir cuando todo le sonreía en la vida. Privarla de todo y de todos,

conducir a su padre a la prisión, que fue lo mismo que conducirlo a la muerte.

Pero el final resultó doblemente duro para él. El desprecio de Jenny le dolía aún. Una herida abierta, difícil de cicatrizar.

—Abre, Jenny —dijo—. Soy Austin Gravey.

Se abrió la hoja, siluetándose en el vano la figura perfecta de Jenny Bryce.

Austin la contempló con encontrados sentimientos.

Estaba tan hermosa como siempre. Tan bonita y sugestiva como cuando actuaba en los mejores clubs del Estado y su nombre empezaba a cotizarse y figurar entre las mejores estrellas de La Unión. La voz de Jenny, de cálidas inflexiones, hacía soñar, despertaba ecos dormidos en lo más íntimo del ser, traía a la mente reminiscencias del viejo hogar o del primer amor.

El mismo cuerpo de líneas exactas, sin restricciones ni exageración alguna. Todo perfecto, acorde con sus facciones, de un atractivo irresistible.

Sólo el gesto de su rostro era diferente. Había desaparecido de sus labios aquella sonrisa maravillosa suya. La luz de regocijo infantil, travieso de sus facciones, había dado paso a un gesto escéptico. Algo que evidenciaba su actual estado de ánimo, la tremenda desilusión sufrida.

—Austin Gravey —pronunció con extraña entonación—. ¿Qué vienes a buscar aquí, sabueso?

—Tengo que hablar contigo, Jenny.

—¿Acerca de qué? —replicó ella con sarcasmo—. ¿Acaso de nuestro trasnochado amor?

—Ahórrate los sarcasmos, Jenny. ¿Puedo pasar?

—Claro. Sería inútil negarte el paso. Entrarás de todas formas. Si te lo prohíbo ahora volverás provisto de una de esos odiosos mandamientos judiciales.

Lo condujo hasta el *hall*, coquetonamente amueblado.

Jenny se dejó caer en el diván sin cuidado alguno para sus ropas.

Vestía un vaporoso salto de cama abierto hasta la cintura y sus piernas quedaban al descubierto hasta una altura peligrosa.

Una visión que dejó al *sheriff* sin resuello.

—Espero tus palabras, Austin —dijo.

—Te necesito, Jenny —dijo él.

Ella lo miró, riendo de súbito con ironía.

—¿Me necesitas?

—Eso he dicho.

—No puedo creerlo. Tú siempre te has limitado a hacer tu juego, sin importarte nada ni necesitar a nadie. Sólo cuenta tu orgullo, tu implacable dureza, tu terrible fidelidad de sabueso.

—Te equivocas, Jenny —replicó—. Siempre he necesitado de los demás. Y no he venido por lo que ahora estás imaginando. Sé que eso es ya un imposible.

Ella se puso seria de repente.

—Está bien —dijo—. ¿Qué deseas de mí?

Austin le explicó la situación sin omitir detalle alguno.

—Entiendo —adujo ella cuando hubo acabado su narración—. Ahora quieres que ocupe yo en el club ese cargo de espía que Bill Maddox ha dejado vacante con su forzada ausencia.

—Exacto. Eres una mujer seductora.

—Te juro que esas palabras suenan a insulto en tus labios —pronunció Jenny.

—Porque nunca has tratado de comprenderme.

—Sí que lo he hecho, Austin —replicó con presteza—. Por eso no pude odiarte aunque me lo propuse. Por eso me inspiras simplemente repugnancia.

—De acuerdo —masculló el *sheriff*, molesto por el tono incisivo de Jenny—. Tú has actuado en muchos clubs. Puedes ofrecerte a Wayr de esa forma. Actúan cantantes en su club. Si obras con naturalidad, no sospechará nada. Se fijará en ti enseguida. Las mujeres sois su punto flaco. De todas formas se fijaría en ti, aunque las mujeres no fueseis su debilidad.

—¿Qué debo hacer?

—Síguele la corriente. No es necesario que expongas demasiado. Sólo ver y oír. Con menos esfuerzos lograrás resultados mucho más positivos que los que hubiese conseguido Maddox.

Jenny apoyó su espalda en el respaldo del sillón, entregándose a una profunda reflexión.

—¿Cómo puedes estar seguro de mi fidelidad en este asunto? —Disparó de súbito.

Austin fue a sentarse en el diván, más cerca de ella.

Tomó una de las manos de Jenny entre las suyas y la acarició tenuemente sin que ella hiciese nada por impedirlo, por eludir la caricia.

—Yo sé que puedo confiar en ti, Jenny —susurró—. Comprendo que puede resultarte doloroso después de lo ocurrido entre los dos, pero jamás creería en una traición por tu parte. No importa que con ello vuelva a sangrar la vieja herida.

—¿En qué basas esa confianza tuya, Austin? Me has hecho daño; mucho daño. ¿No te has detenido a meditar en que puedo intentar el desquite si tú mismo lo pones en mis manos?

—No —replicó Austin con absoluta seguridad.

—Quiero una razón.

—Tú sabes que instalé micrófonos en tu casa entonces. Escuché una conversación íntima entre tu padre y tú. Aquélla en que te confesó toda la verdad cuando se vio acorralado. Teníamos que establecer tu posición en el asunto. Tú le dijistes al escuchar sus palabras que te sentías avergonzada de él, que es un ser despreciable desde cualquier punto de vista aquel que medra creando el vicio entre sus semejantes para explotarlos después de una manera miserable. Le amenazastes con delatarlo si no abandonaba aquello de inmediato.

Rodaron mansamente las lágrimas por las mejillas de Jenny, suscitadas por los recuerdos que las palabras de Austin traían a su mente.

Un recuerdo doloroso para ella. Había estado ascendiendo, hasta tener la cumbre al alcance de su mano.

A partir de ese instante habíase precipitado en una vertiginosa caída.

—Jamás hubiese delatado a mi padre —musitó.

—Es posible que no. Y nadie te hubiese culpado por ello. Pero tratastes por todos los medios de hacerle abandonar la pestilente ciénaga en que habíase metido hasta los ojos. Demostrastes horror hacia la delincuencia, un acendrado sentido de la ciudadanía. Ahora están estos otros hombres que convierten a los más débiles en verdaderos esclavos.

Calló, estudiando las reacciones de Jenny.

Ya no fluían las lágrimas por sus ojos. Sus facciones dibujaban ahora un gesto de profunda amargura.

Era cierto lo que Austin había dicho. Ella estuvo a punto de hacer aquello. Pero entonces la situación era distinta. Entonces su amor por Austin Gravey lo ocupaba todo en su vida.

El duro *sheriff* pesaba en su ánimo más que su amor filial. Pero entonces tampoco pudo sospechar que Austin había despertado en ella el sentimiento más sublime de su vida sólo para poder poner al descubierto las acciones ilegales de su padre.

Un juego sucio el del tenaz *sheriff*.

Luego, él quiso continuar. Estaba segura de que lo hacía por compasión y no quiso aceptarlo. Además, estaba en pie la burla sangrienta de que la había hecho objeto; la detención de su padre por el propio Austin y su muerte en la prisión a los pocos meses de su ingreso.

—De acuerdo —dijo de pronto—. Acepto esa misión.

Austin se puso en pie con un gesto de íntima satisfacción.

—Sabía que sería así, Jenny.

—Esto parece alegrarte demasiado, ¿eh, Austin? Mi acción cerca de ese hombre puede servirte para apuntarte un nuevo triunfo en tu carrera de sabueso. Es lo único que te importa.

—Te equivocas, Jenny. Esto nos permitirá estar más cerca el uno del otro. Y te aseguro que tengo un miedo horrible de que pueda sucederte algo. Creo que ahora podrás comprender que no soy un ser extraño, un ser como venido de otro mundo. Soy un hombre como los demás, con sus virtudes y sus defectos, sus actos sublimes y sus miserias.

Jenny lo miró de soslayo, con evidente incredulidad.

—¿Recuerdas, Jenny? —prosiguió él—. Siempre te decía que un hombre sólo es incompleto; necesita el complemento de una mujer para formar un todo entero.

Jenny rió con sarcasmo.

—Un hombre como tú no necesita a nadie. Ni siquiera el complemento de una mujer. Siempre llevas adelante tus propósitos, sin importarte lo que tengas que derribar a tu paso. Un botón, un golpe de palanca y el «robot» se pone en movimiento con terrible precisión, pero también con esa frialdad propia de las máquinas que carecen de sentimientos.

—Otra vez vuelves a equivocarte, Jenny. Algún día tú y yo hablaremos más detenidamente de todo esto. Ahora no parece ser el

momento más apropiado. Pero éste llegará. Estoy seguro de ello. Y entonces...

CAPÍTULO VI

Austin escudriñó atentamente a Tony, el dueño del «Owen Bar».

Estaba nervioso, excitado. Había ido a buscarlo a su apartamiento en vez de hacerlo a la oficina. Ahora estaba allí, frente a él, haciendo girar el sombrero entre sus manos, perlada su frente de sudor.

—Espero tus palabras, Tony —dijo el *sheriff*—. Es a propósito del *gang* por lo que has venido a buscarme, ¿no?

—Sí, Austin —replicó con un hilo de voz.

—Bien. Te has encontrado a ti mismo. Eso siempre supone un triunfo en un hombre. ¿Cómo te metiste en esto, Tony? Jugar con fuego siempre resulta peligroso.

—No lo hice yo, Austin. Tú sabes cómo ha sido siempre mi negocio y cómo he sido yo.

—Desde luego. Por eso mismo me causó más extrañeza.

—Pues bien. Un día se presentó en el bar ese hombre; Mark Ryler —empezó a decir—. Habló conmigo. Dijo que dentro de poco iban a comenzar esas obras en las cercanías de River City. Todos los obreros serían clientes míos. Ellos iban a imponerles esa condición. El controlaría los ingresos en calidad de contable. El cuarenta por ciento sería suyo. Un veinte para él y otro veinte para el jefe. Fue lo que dijo.

—¿Y bien?

—Me negué en redondo. Siempre me ha gustado la independencia. No sirvió de nada. Me golpearon. Amenazaron con liquidarme si no accedía a su proposición o me iba alguna vez de la lengua. Y lo hubiesen hecho.

—¿Puedes demostrar que eso es cierto? —inquirió el *sheriff*.

—Por supuesto. En la caja de la oficina, en el bar, hay libros.

Mark anota ahí lo que separa para él y la parte del jefe. Creo que servirán de algo.

—Desde luego.

—Hay algo más —agregó Tony.

—Bueno. Puedes decir lo que sea.

Tony tragó saliva repetidas veces antes de añadir:

—La noche que asesinaron a Joe Giglio, el italiano estuvo allí. Era un buen hombre. Más decidido que el resto de sus compañeros. El se negó a seguir pagando la cuota exigida por el *gang*. Benson lo descuenta de sus salarios directamente y lo entrega a los hampones para evitar disturbios en sus obras. Está atemorizado como sus propios empleados.

—Entiendo. Continúa, Tony.

—El día antes Joe Giglio habló de eso delante de Mark Ryler. Dijo que continuaría yendo al «Owens» porque me apreciaba a mí de veras, pero no porque lo impusieran así esos bandidos. Mark pronunció veladas amenazas contra él. Al día siguiente volvió allí. Incitó a los demás a seguir su ejemplo de exigir de Benson el salario íntegro y enfrentarse decididamente a esos hombres. Agregó que había enviado una nota al *sheriff* y esa misma noche estaría todo resuelto. Estaba consiguiendo levantar los ánimos.

—Debió callarse —musitó Austin—. De haber obrado con sigilo, para estas horas esos hombres estarían bailando en la cuerda floja.

—Entonces Mark llamó al «Jaunty Club» —siguió diciendo Tony—. Habló con Wayr y enseguida se presentaron en el bar dos hampones. Chester Pearson y Hug Carsen. Se lo llevaron pistola en mano. Dijeron que hablaba demasiado y estaba necesitando un escarmiento ejemplar. Nadie movió un solo dedo en su favor. Aquel par de hampones fueron suficiente para que todos nos sintiésemos acobardados. Al día siguiente supimos lo ocurrido a Giglio. Fueron ellos, Austin.

—Desde luego. Y tu testimonio es suficiente para poder juzgarlos por asesinato. ¿Te atreves a declarar todo eso ante un Tribunal?

—Por supuesto, Austin. Es lo que me ha traído aquí. Pienso llegar hasta el fin, pase lo que pase.

—De acuerdo. Escucha, Tony. Vamos a ir al bar. Nos haremos con esos libros antes de nada. Es una pieza muy importante en este juego.

—Espera, Austin —le contuvo el hombre—. Es mejor que vaya yo solo. Eso no despertará sus sospechas si alguien vigila aquello. Si nos ven juntos pueden imaginar la verdad y entonces no vacilarán en atacarnos. Han tratado en otras ocasiones de terminar contigo, pero no conviene tentar demasiado a la suerte. Estaré aquí en menos de una hora sin correr ningún albur.

—Como quieras. Tony. Creo que es lo acertado —concedió el *sheriff* finalmente—. Te esperaré. Vas a quedarte aquí hasta que todo haya quedado resuelto.

Tony se aproximó a la ventana. Miró a través de ella la calle.

Las luces de neón de los letreros luminosos ponían una nota de policromía, venciendo a la oscuridad.

—Mark ha debido marcharse ya o estará a punto de hacerlo —adujo el dueño del bar—. Nunca acostumbra quedarse más tarde de esta hora, aunque sale en último lugar siempre.

Se encaminó a la salida.

Tendió su mano a Austin, que la estrechó con calor.

—Gracias, Tony.

—Gracias a ti, Austin. Tus palabras me han hecho sentirme otro hombre.

El ascensor estaba detenido allí. Nadie había reclamado su presencia abajo desde la llegada de Tony.

A esa hora la mayor parte de los inquilinos se hallaban ya en sus respectivos departamentos.

Austin esperó en el vano a que Tony entrase en el ascensor, corriese la puerta y oprimiera el botón.

Algo intensamente frío pareció penetrar en sus entrañas al percibir de súbito el aullido de Tony. Un aullido de pánico, el roce del ascensor precipitándose abajo a velocidad creciente. Después, el estrépito de maderas y hierros estrellándose en el fondo, diez plantas más abajo. Un fragor que repercutió de un modo extraño en el profundo silencio del edificio.

Austin corrió abajo.

La caja había rebasado su posición normal de parada, cayendo al hueco cubierto de sacos de tierra.

Tablas, hierros y cristales formaban una amalgama. Y entre el caos de los destartados restos, el cadáver de Tony con la cabeza materialmente deshecha.

Rechinaron los dientes de Austin Gravey. Luego entró en acción con la rapidez que le caracterizaba.

Subió escaleras arriba a gran velocidad, mientras asomaban tímidamente los rostros de los primeros curiosos atraídos por el estruendo.

Alcanzó el cuartucho donde radicaba el mecanismo que ponía en funcionamiento el ascensor.

Examinó el cable, jadeando ostensiblemente a causa del esfuerzo realizado.

Estaba limpiamente seccionado.

El conserje guardaba allí algunas herramientas en un cuadro instalado en la pared y alguien había empleado una sierra para hierro para cortar el cable. Había dejado unas sirgas, de forma que el peso de la caja misma al entrar en movimiento fuese suficiente para desprenderla.

La mirada de Austin se posó en la lucera que comunicaba con el tejado.

Estaba abierta. Y creyó entender por qué.

El hombre que había hecho aquello buscaba la huida por el tejado de la casa contigua, de la misma altura.

Austin salió al tejado.

Desde allí atisbo con atención, tratando de descubrir una sombra delatadora entre las tinieblas. Lamentó haber dejado su linterna en el apartamento. Pero ya era tarde para ir a buscarla.

Columbró de pronto una leve silueta en el comienzo del tejado de la casa contigua. Una sombra más entre las sombras, pero ésta dotada de movimiento. Avanzó en esa dirección.

—¡Alto! —gritó desenfundando su revólver—. ¡Deténgase o disparo!

El primer balazo partió de su antagonista.

El proyectil silbó a escasas pulgadas de su cabeza.

Hizo fuego a su vez.

Vio estremecerse al hombre al acusar el impacto en el hombro. Luego el ruido de un arma al dejarla caer sobre el tejado.

Corrió en esa dirección. Y antes de que lo alcanzase lo vio desplomarse sobre el tejado.

Austin se situó junto a él.

Cuando se disponía a examinar su rostro a la luz de un fósforo,

el hombre reaccionó de súbito. Engarfió sus manos en los tobillos del *sheriff* y tiró de ellos con todas sus fuerzas.

Austin perdió el equilibrio. Cayó de espaldas al suelo y rodó por el plano inclinado sin soltar su arma.

El hombre lo siguió dejándose deslizar sobre las tejas.

Austin recibió un nuevo golpe antes que acabara de reponerse. Un golpe violento, que lo lanzó contra el alero, haciéndole soltar su arma junto al borde para poder afianzarse doblado por la cintura, sacando medio cuerpo fuera del tejado.

El hampón se apresuró a llegar junto a él, irguiéndose en toda su estatura.

Luego, mientras oprimía su hombro herido con la otra mano, elevó la pierna diestra para precipitar al *sheriff* al abismo.

Austin vio la expresión demoníaca de su rostro.

Un hampón desconocido para él. Wayr trabajaba con gente nueva para cubrir mejor sus espaldas.

La diestra de Austin se proyectó a gran velocidad al aire, engarfiando el tobillo del hampón cuando ya caía hacia él.

Una rápida torsión lo hizo vacilar y salir volteado sobre la cabeza del *sheriff*.

Se elevó su aullido de terror. Un aullido infrahumano, más fuerte aún que el emitido por Tony, más impregnado de pánico desbordado.

Fue alejándose rápidamente para terminar con un ruido sordo, escalofriante al estrellarse contra el asfalto de la calle.

Austin se izó con facilidad. Enfundó su revólver y retornó abajo.

Cuando la ambulancia, se llevó el cadáver de Tony entró en su apartamento, examinando con suprema atención las paredes.

Se endurecieron sus facciones al descubrir detrás de la cabecera de su lecho un pequeño agujero.

Salió, golpeando en la puerta del apartamento contiguo.

Le franqueó la entrada un hombre de edad madura, mal trajeado, de cabellera abundante y desgredada y grandes ojeras que evidenciaban su tendencia al alcoholismo.

Austin lo empujó adentro, cerrando la puerta tras de sí. Luego lo llevó hasta el auricular instalado sobre la mesilla, empalmado al cable del micrófono instalado en la pared.

Lo arrancó de un tirón, arrojándolo lejos.

—¿Quién le ordenó hacer esto? —pronunció en tono ominoso.

—Un hombre llamado Angels —susurró—. Alquiló este apartamento y me propuso instalar este micrófono. Soy experto en radio y hace tiempo que me encuentro sin empleo. Me prometió una buena paga. Dijo que se trataba de una broma.

Hablaba como recitando una lección que se ha estudiado anteriormente con precisión.

—Sí —ironizó Austin con dureza—. Una broma muy simpática. Dos hombres acaban de morir como resultado de ella.

—¿Dos hombres?

Ahora su estupor parecía sincero.

—Eso he dicho. Los dos aplastados contra el suelo. Pero no creo una palabra de lo que acaba de decir. ¿Quién le ordenó instalar esto? Quiero la verdad. Fue Jack Wayr, ¿no es así?

—No he oído ese nombre en mi vida.

Mentía. Lo hacía muy mal. Temblaba su voz de una manera ostensible cada vez que sus labios dejaban escapar un embuste.

El puño de Austin se estrelló en la boca del hombre, lanzándolo contra la pared.

Éste lo miró con asombro inaudito, escupiendo sangre y trozos de dientes.

—No tiene derecho a hacer esto —balbució.

—¿No? ¿Ésa es su opinión?

—Sí.

—Pues la mía es muy distinta. Le he dicho que dos hombres han muerto a cuenta de su trabajo. No puede decir que lamente la muerte de su compañero, pera también ha caído un buen individuo. No voy a tener contemplaciones. Destierre la hipocresía, amigo. Será mejor para usted. Estoy dispuesto a arrancarle por la fuerza todo cuanto sabe.

—Pero es ilegal.

—No soy ahora el *sheriff*, sino un buen amigo de Tony. Tengo derecho a vengar su muerte alevosa, a darle un poco de su propia medicina.

—Daré parte a sus superiores.

—No podrá dar parte de nada, porque se lo va a tragar usted todo entero. Está su palabra contra la mía. Eso es todo. ¿A quién de los dos opina que creerán, más?

—Pero es inhumano —protestó débilmente.

—¿Inhumano? Sólo hay una forma de domar fieras; a latigazo limpio. Los domadores lo hacen así y nadie les recrimina. Ustedes son como las fieras; peores aún que ellas. Y tengo una buena disculpa, ¿sabe? Emplearé los mismos métodos que he aprendido de los hombres como usted. Lo arrojaré por un tramo de la escalera. Alguien lo verá; gente curiosa que saldrá al escuchar el golpe de su cuerpo rodando de escalón en escalón. Entonces declararé que se ha caído, produciéndose todas esas heridas con los golpes. Tendré testigos y todo que confirmen mis palabras.

Hablaba con los dientes enclavijados, brillando en sus ojos una chispa de inaudita dureza.

—Pero...

—No hay pero que valga —le atajó—. ¿Quién le ordenó instalar esto?

—Nadie.

El golpe de su puño, demoledor, arrojó al hombre sobre el lecho.

Austin lo engarfió por el cuello y una pierna, elevándolo sobre su cabeza con relativa facilidad.

Luego lo dejó caer sobre el lecho, pero cruzado, de forma que su espalda y sus piernas pegasen en los travesaños.

La cama se partió con seco chasquido ahogando de pronto los lamentos del hampón al quedar envuelto con la ropa y la cabecera sobre su pecho.

Austin volvió a levantarlo.

Acto seguido le hundió el puño en el estómago. Y cuando se doblaba en dos con un bufido, un soberbio «uppercut» lo lanzó contra un sillón, que cayó envuelto con él.

El hombre volvió en sí con sobresalto, boqueando asustado al tragar agua por boca y nariz.

El *sheriff* lo arrastró afuera otra vez. La muerte de Tony le había soliviantado el ánimo.

—Escuche, amigo —masculló—. Esto no es más que el principio. La Ley es como una enorme red. Los peces grandes saben eludirla a veces y los pequeños escapan por entre las mallas. Los pescadores emplean la estaca para abatir a los que pretenden saltar la red. Es lo que voy a hacer yo de ahora en adelante. Si espero a que se queden dentro de la malla corro el riesgo de que los grandes peces se burlen

de mí como hasta ahora. Así, emplearé contra ellos el arpón y el garrote. Conteste ahora a mi pregunta si no quiere que continúe la danza.

—Está bien —jadeó, vencida su entereza—. Pero no me golpee más. Le diré toda la verdad.

—Eso es ponerse en un lugar razonable. ¿Cuál es su nombre?

—Terson.

—Bien. Conteste mi pregunta...

—Fue Jack Wayr quien me contrató. Pero le juro que no sabía sus intenciones.

—Eso se lo contará al juez. Si Wayr lo mandó, trataremos de responsabilizarle por la muerte de Tony. Puede ser un triunfo retirarlo de la circulación por una temporada.

Le obligó a cambiarse de ropa y bajar a la calle. El viejo Terson dormiría aquella noche en una celda.

Se volvió a él cuando ya se hallaban en el vestíbulo.

—¿Quién oyó lo que hablábamos Tony y yo? —le preguntó.

—Angels.

—¿Avisó a Mark Ryler al «Owen Bar»?

—Me ordenó hacerlo a mí mientras él realizaba otro trabajo. Ignoro lo que pensaba hacer.

—No adopte esa falsa postura de inocencia. Eso quiere decir que Mark ha tenido tiempo para retirar los libros que lo comprometen. Bien. Procederemos de otra forma contra él.

Lo empujó afuera.

La aguda mirada de Austin se posó en el vehículo que acababa de ponerse en marcha al emerger ellos a la acera.

Todos sus sentidos se alertaron ante el simple hecho.

Era un veterano de la lucha contra el crimen. Conocía a fondo los drásticos métodos del mundo del hampa.

—¡Atrás, Terson! —gritó.

El hombre se paralizó en el centro de la acera, desconcertado por la súbita exclamación del *sheriff*.

El largo cañón de un ametrallador «Thompson» apareció por la ventanilla posterior del vehículo antes que acabara de reaccionar.

Austin se dio cuenta de que aquel hombre no podría escapar por sí solo a la rociada de plomo.

Se volvió, tomó a Terson por un brazo y se arrojó al suelo tras el

coche patrullero, haciéndole caer a su vez.

Pero la torpeza de Terson le perdió. Las balas le alcanzaron en la cabeza cuando ya estaba a punto de cubrirse tras la protección que el coche le brindaba.

Dejó escapar un ronco gemido. Luego se desplomó junto a Austin, que sintió el tibio contacto de la sangre en su antebrazo.

El *sheriff* disparó contra el coche agresor. Astilló el cristal posterior, pero no pudo detenerlo.

Se incorporó con presteza, saltando al interior de su automóvil.

Antes de cerrar se fijó en la cabeza de Terson, destrozada por la ráfaga.

—¡Desgraciado! —masculló.

Arrancó a toda velocidad sintiendo una fuerte quemazón en sus entrañas.

Hasta entonces su labor había sido puramente pasiva, una especie de resistencia, aguantando los golpes del enemigo, tratando de intuir por dónde vendrían para esquivarlos.

A partir de ahora la ofensiva, el ataque directo iba a pasar a sus manos. Wayr y sus secuaces iban a bailar en la cuerda floja. ¡A fe de Austin Gravey!

Las calles de River City estaban desiertas a esa hora. Algo que permitió a los hampones rodar a la máxima velocidad, tratando de despistar al tenaz defensor de la Ley.

Por varias veces estuvieron a punto de derrapar al doblar las pronunciadas curvas sobre dos ruedas, sin decrecer la velocidad suicida inicial.

Austin los siguió en todo momento, sin acortar la distancia que le separaba de sus rivales, pero sin aumentarla tampoco.

Al fin los hampones se decidieron a salir a campo abierto y buscar la fuga en la distancia, confiando en la potencia de su propio coche.

Vano empeño. El patrullero consiguió, bajo la experta dirección de Austin, acercarse más y más al otro coche.

El hampón disparó su «Thompson» sin resultado positivo. Y tampoco los espaciados balazos del *sheriff* dieron en el blanco.

Los labios de Austin esbozaron una dura sonrisa al cerciorarse que los hampones decidían de pronto presentar batalla, intentar por todos los medios sacudirse de encima su presencia. Al fin y al cabo

era una orden que había partido hacia tiempo de sus amos.

Frenaron con penetrante chirrido de los neumáticos junto a un enorme cobertizo de madera que debía pertenecer a algún rancho de la región, y corrieron al interior.

Austin detuvo su coche junto al de los hampones. Luego saltó afuera, doblado por la cintura, amparándose en el automóvil de sus adversarios.

Atisbó la puerta corredera del cobertizo.

Los dos hombres debían estar adentro, esperando a que se decidiese traspasar la puerta para acribillarlo.

Se acercó de dos zancadas a la pared, situándose de espaldas a ella junto a la puerta, abierta unas pulgadas ahora.

La empujó con el pie.

La enorme hoja de tablas se deslizó a un lado, dejando el hueco suficiente para que pasase un hombre.

Adentro tableteó el arma automática.

Las balas salieron con sus agudos silbidos por el hueco, repiqueteando en la carrocería del vehículo. Otras astillaron las tablas y se llevaron trozos de yeso de la esquina del zaguán.

Austin permaneció inmóvil, con todos los músculos en tensión.

Cuando cesaron los disparos, se lanzó adentro con la elasticidad de un jaguar, avanzó un par de pasos y se lanzó en plancha tras una gruesa bala de algodón.

El hampón volvió a hacer cantar a su arma su canción de muerte. Pero su reacción fue tardía, cuando ya Austin estaba cubierto.

Los plomos se hundieron con blando ruido en la bala de algodón, inofensivos.

Austin asomó por el extremo opuesto, efectuando un solo disparo.

La maldición del hombre del ametrallador fue audible aun sobre el crepitar de su arma.

Esta silencióse de súbito y al fin percibió el ruido sordo de un cuerpo al desplomarse.

El *sheriff* avanzó de obstáculo en obstáculo para protegerse, hasta alcanzar el cuerpo del caído.

El cobertizo estaba ocupado casi en su totalidad por fardos de algodón y de pienso seco para el ganado, apilados sin orden ni

concierto, dejando únicamente un pasillo en el centro para poder pasar.

De la mitad hasta su parte posterior contenía otra planta más elevada, sujeta por dos columnas de madera y unas vigas al descubierto. Y varias pilas de sacos se amontonaban también arriba, junto a una tosca barandilla de tablas.

Palpó el rostro del hampón.

Estaba muerto. Su balazo había sido certero.

Empuñó el «Thompson» y siguió adelante, alcanzando el comienzo de la escalera que conducía al alto sin novedad alguna.

Percibió un leve ruido arriba. Y comprendió los planes del hampón que aún vivía.

El cobertizo tenía una ventana en su parte posterior, a la altura del alto. El hombre, vencido por el miedo trataba de alejarse por allí.

Ascendió la escalera con rapidez. Luego atisbo por la ventana, que carecía de puertas.

Vio al hampón caminar a buen paso hacia la esquina para dar la vuelta y reanudar la marcha en el coche. Avanzaba con paso sigiloso, muy seguro al parecer del éxito de su estrategia.

—¡No se mueva! —le conminó el *sheriff*—. Le tenga encañonado. Dispararé si hace el menor movimiento sospechoso.

El otro giró sobre sus tacones y disparó su pistola contra Austin.

La bala estuvo a punto de incrustarse en su frente. Y aquél fue el último gesto del hampón.

Por la boca del largo cañón brotó un chorro continuado de fuego y plomo.

El hombre se contorsionó a medida que los proyectiles mordían su carne, iniciando una especie de trágica *ballet*.

Austin dejó caer al suelo el ametrallador cuando toda estuvo consumado. Después descendió pausadamente la escalera, cruzando junto al cadáver que yacía sobre un charco de su propia sangre.

Apenas se molestó unos segundos en examinar el segundo cadáver. No merecía la pena hacerlo. Sentía que aquellos hombres hubiesen terminado así, porque satisfacía más que fuesen castigados de acuerdo con la Ley. Pero ellos lo habían querido.

Retornó a la ciudad. Desde allí irían a retirar los cadáveres. No le seducía la idea de llevarse a aquel par le fiambres en su propio

coche.

Sonrió con fiereza al pensar en Wayr.

El hombre iba a llevarse una sorpresa cuando supiera que tres de sus hombres, cuatro con el experto en radio, habían sucumbido a cambio de la vida de Tony. El balance que había esta vez era poco favorable. Había desatado una guerra sin cuartel y tendría que atenerse a las consecuencias. Porque él no sería jamás quien iniciase la marcha atrás en aquel asunto.

CAPÍTULO VII

Mark Ryles jugaba una partida de póker en una mesa del «Owen» cuando Austin y su ayudante entraron en el bar.

Envolvió a los representantes de la Ley en una mirada de profundo sarcasmo.

—Buenos días, *sheriff* —pronunció irónico—. Bienvenido al «Owen». ¿Quiere tomar una copa? La casa invita.

—Gracias, Mark —replicó en tono cáustico—. Siento tener que rehusar su invitación, pero me gusta cumplir las leyes.

—Bueno. La Ley Seca fue derogada hace ya un montón de años.

—No me estaba refiriendo a esa ley, Mark. Está prohibido beber simplemente durante las horas de servicio y más aún en un establecimiento clausurado por orden judicial.

A Ryles se le desorbitaron los ojos.

—¿Quiere repetir eso que ha dicho? —murmuró.

—No es necesario. Usted lo ha oído perfectamente.

El «Owen Bar» queda clausurado hasta nueva orden. Vea la orden expedida por el juez.

Ryles repasó con avidez las líneas escritas del documento que el *sheriff* le enseñaba. Luego estalló:

—Pero no pueden hacer eso. Todo es legal aquí.

Fue Austin quien sonrió ahora con sarcasmo al ver alterado su semblante por la ira.

—Usted es sólo un empleado, Ryles. Si alguien puede pro estar por esto, es el dueño.

—Pero debe existir un motivo.

—Existe.

—¿Cuál es?

—No voy a decírselo. Sólo al dueño.

—El dueño ha muerto.

—No importa. Tony tiene un hermano. Esto es ahora suyo. Me he puesto al habla con él para explicarle la situación. El hermano de Tony no vendrá hasta que este negocio haya sido bien desinfectado. Usted comprende lo que quiero decirle. Y ahora, Ryles, recoja sus cosas y lárguese.

El siguiente golpe contra el *gang* lo descargó a través de Benson.

Austin estuvo presente en la preparación de los salarios. Luego permaneció junto al empresario, que se mostraba muy nervioso, hasta que el dinero fue a parar a manos de los trabajadores.

El *sheriff* habló con ellos. Después, algunos de sus hombres permanecerían de guardia en los barrios donde se concentraba el mayor número de aquellos trabajadores extranjeros. Y los acompañarían al trabajo y al regreso del mismo, evitando el acercamiento a ellos de los miembros del *gang*. De esa forma esperaba Austin que éstos descargasen todo su furor creciente contra él. Habíase dado cuenta de que sólo mediante la violencia podría alcanzar una victoria sobre ellos.

Austin se presentó a continuación en el apartamento de Jenny.

La joven lo invitó a pasar con una amplia sonrisa.

Estaba más hermosa que nunca con su falda estrecha y su blusa, que se ajustaban a su cuerpo como un guante. Su rostro había perdido aquel gesto fatalista que había visto en ella cuando fue a visitarla en Pecos.

Pensó que Jenny empezaba a despertar de nuevo a la vida, a considerar que podían aún existir para ella grandes compensaciones.

Jenny ocupó uno de los sillones. Luego cruzó las piernas.

Le ofreció *whisky*.

—Bien, Jenny —dijo él—. Celebro que empieces a tomar las cosas de este modo. Quiere decir que por fin te has dado cuenta de muchas cosas que te esforzabas por olvidar.

—Desde luego, Austin —respondió—. Son varias las satisfacciones que tengo que agradecerte. Entre ellas una muy particularmente.

—¿Puedo conocerla?

—No. Más tarde. Es un poco pronto aún, Austin.

—De todas formas has tenido la fuerza de voluntad suficiente

para renacer de tus cenizas como el Ave Fénix. Eso me congratula.

—Me congratula mucho más a mí, Austin —replicó en un tono enigmático.

Austin se removió en su asiento, sintiendo una súbita aprensión.

Había algo en Jenny ahora que no acababa de gustarle. Algo que le producía desasosiego, que le desconcertaba. Lo veía en su mirada, en su forma de sonreír, un tanto burlona; en su forma de expresarse, en sus gestos todos.

—¿Cómo te han ido las cosas con Wayr? —inquirió al fin.

—Yo diría que muy bien —replicó ella—. Wayr me ha hecho una prueba. La próxima semana empezaré a actuar en el «Jaunty». Me aduló mucho. Flores todos los días y demás. Me come materialmente con la mirada, Austin.

—Buena señal —repuso él ligeramente inquieto por los resultados—. Escucha, Jenny. Es necesario que captes su amistad. El «Jaunty» va a ser clausurado. Tengo la orden en mi bolsillo. Es el motivo por el que estoy aquí. Si necesitas más tiempo, esperaré. Si comprendes que Wayr se apartará de ti una vez cerrado el club y no necesitando ya una cantante, aguardaré más tiempo antes de poner en práctica esta parte de mi plan. Pero si tienes la seguridad de que continuará asediándote, mañana le daré su merecido.

—Puedes hacerlo. Tengo a Wayr prácticamente en el bolsillo.

—De acuerdo. ¿Has averiguado algo, Jenny? —agregó a continuación—. Supongo que Jack Wayr debe estar furioso por el cierre del «Owen». También por mi intromisión en el pago de los jornales a los obreros de Benson.

—Es posible —sonrió Jenny—. Pero si lo está, te aseguro que no me lo ha demostrado. Esta mañana ha hablado en su despacho del «Jaunty» con uno de sus guardaespaldas. Yo estaba presente.

—¿De qué hablaron, Jenny? —inquirió sintiendo despertar su interés ante las palabras de la joven.

—De un amigo tuyo. Aunque no creo que esto tenga demasiada importancia para tus investigaciones.

—¿De qué amigo mío? Quiero saberlo, Jenny.

—De Bill Maddox.

Se ensombreció el semblante de Austin.

—¿Qué han dicho de él? —preguntó en tono sombrío.

—Que era el tipo más listo y más hipócrita que habían conocido.

—Es natural que hablen mal de él. Pero eso es falso.

—Hablaron de la traición de que Maddox les había hecho objeto —siguió diciendo Jenny—. Pero no estaban molestos por ello. Más bien parecía divertirles esa manera de ser de Maddox. Wayr dijo que se había burlado de ellos y también de ti, en cierto modo, porque lo creías un hombre intachable. Entonces mencionaron algunos detalles de su vida privada.

—Continúa, Jenny —la invitó en tono seco, cortante, al ver que ella callaba.

—Wayr aseguró que Bill Maddox es un alcohólico.

—Eso es falso —exclamó Austin—. Bill no bebe apenas. Todo su interés se centra en su esposa y en su trabajo.

Jenny dejó escapar una sardónica risita.

—Pues ellos aseguraron que también tiene una amiga. Una bailarina que iba a actuar en el «Jaunty».

Austin no respondió nada de inmediato.

Se daba cuenta de que Jenny trataba de molestarle por todos los medios. Pero la verdad era que no creía una palabra de lo que estaba diciendo.

—Es una difamación —pronunció al fin roncamente—. ¿Cómo se llama esa mujer? Seguro que no puedes contestar a eso por una sencilla razón; porque no existe.

—Se llama Lil Svenigh y ocupa un apartamento en el edificio Monitor, costeadado por Maddox —replicó Jenny con rapidez—. Eso es todo, Austin.

El *sheriff* se levantó con brusquedad.

Tenía la seguridad de que todo aquello no era sino *un* veneno vertido por los hampones, molestos por la acción de Maddox.

Abandonó el apartamento seguidamente, oprimiendo los puños con ira al oír las burlonas carcajadas de Jenny.

Se presentó acto seguido en el edificio Monitor.

En los buzones encontró el nombre de Lil Svenigh. Ocupaba uno de los apartamentos de la primera planta. Uno de los apartamentos más caros y lujosos.

Pulsó el zumbador.

Enseguida se abrió la puerta hasta donde permitía la cadena de seguridad. Por el hueco apareció un bonito rostro de mujer.

—¿Qué quiere, amigo? —espetó de mal talante.

—Policía.

La mujer le franqueó la entrada con un gesto de resignación.

—Pase.

Entraron en el *hall*, lujosamente amueblado.

Lil poseía un cuerpo escultural. Sus curvas empezaban a bordear la exageración, pero poseían un atractivo irresistible.

Lil se dejó caer en un sillón con gesto de cansancio.

Había bebido y su voz sonaba ligeramente gangosa.

—Bill Maddox es su amigo, ¿no, preciosa? —espeta Austin a guisa de preámbulo.

—Usted lo ha dicho, policía. Un gran amigo.

Había cierta amargura en sus palabras. Algo que no pasó desapercibido para el *sheriff*.

—Bill tiene esposa y usted no puede ignorar eso. ¿Cómo lo aceptó?

—No se pase de listo —replicó ella—. Le he dicho que Bill es mi amigo. En realidad, se porta conmigo como un verdadero padre. Me rompí una pierna en un accidente la víspera de mi presentación en el «Jaunty». Había atravesado una mala racha y apenas disponía de cinco dólares y unas joyas de escaso valor para hacer frente a las semanas en que me vería imposibilitada de ejercer mi profesión. Le juro que vacilé entre intentar seguir adelante o acabar de una vez para siempre.

—Ya. Entonces se presentó Bill.

—Exacto. El sabía lo ocurrido. Llevaba los libros de Wayr y conocía mi contrato y mi mala suerte. El se encargó de que no me faltase nada. Pensé que buscaba en mí lo que tantos hombres habían buscado ya, pero estaba equivocada. Bill Maddox es demasiado bueno y generoso para que la mayoría de la gente pueda comprenderlo. Viene de cuando en cuando, me anima con sus frases de aliento y se va. Gracias a él, a su influencia, estoy curándome también de mi afición a la bebida. Y no pide nada a cambio. Nada, ¿comprende? Sólo dice que si algún día me encuentro en la cumbre de la fama y la fortuna y soplan malos vientos para él, que le tienda una mano. Eso: es todo.

Austin captó todas sus impresiones a través del tono conque pronunciaba sus palabras.

Le apoyó una mano en el hombro para decir:

—Usted sí se ha enamorado de él, ¿verdad, Lil?

Ella tardó un rato en contestar.

—Sí —dijo al fin—. Parece difícil de comprender, pero es así. Bill es bajo y rechoncho, me dobla la edad y tiene todo eso que menos le gusta a una mujer. Pero día a día...

—Yo la comprendo, Lil.

El sonido del zumbador invadió de súbito todos los ámbitos del apartamento.

—Vaya a abrir —la invitó el *sheriff*.

Lil se hizo a un lado para que Bill Maddox entrase.

El hombre, con su brazo en cabestrillo y las huellas de la paliza recibida impresas en su rostro, miró al *sheriff* con expresión de perro apaleado.

—Vaya, Austin —susurró—. Hubiese esperado encontrarte en cualquier parte menos aquí. Yo te explicaré.

Austin le tendió su diestra con un gesto de comprensión.

—Lil me lo ha explicado todo ya. Nunca te avergüences de las buenas obras aunque tengan la apariencia de otra cosa. Wayr comenta esto en un tono calumnioso para ti. Te aseguro que va a lamentarlo, aunque tú estás por encima de toda sospecha, Bill.

—Gracias, Austin —susurró—. Creo que un buen amigo es lo más grande que un hombre puede conocer en este mundo. Tú lo eres. ¿Cómo has sabido lo que comenta ese cerdo de Wayr?

—Estoy jugando mis cartas cerca de él.

—Una mujer, ¿no? Dijiste eso.

—Exacto, Bill. Está dando buenos resultados.

—Sí. Al hablar de ella me dijiste que te guardaba rencor, pero tienes algo que invita a la fidelidad, Austin. ¿Quién es ella?

—Se llama Jenny Bryce. Es difícil que Wayr descubra nada. Su padre murió en la prisión. Se dedicaba al tráfico de estupefacientes. Si Wayr sospecha algo y ahonda en su pasado, eso contribuirá a darle confianza. Eso y el saber que fui yo quien descubrió a su padre y lo envié a prisión.

—Comprendo. Buena jugada, Austin. Y suerte. De veras que te la deseo con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO VIII

Austin miró a Jenny Bryce con fijeza al entrar ésta en su oficina.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Jenny? Esto puede resultar peligroso para ti. Si alguien te ha visto...

—No creo que eso importe ya demasiado. Ellos no tendrán tiempo ya para actuar. Confío plenamente en tu eficiencia, Austin —agregó—. Sé que todo habrá terminado dentro de muy poco.

—¿Qué has averiguado?

—Ven conmigo, Austin. Esta misma noche vas a conocer cosas muy interesantes. Quizá la solución de todo.

—Concreta más, Jenny —insistió.

—No voy a hacerlo. Tengo la clave en mis manos. Pero vas a obrar como yo te diga. De otro modo, te aseguro que lo abandonaré todo.

Austin encontró un tanto extraña aquella actitud de la joven. Pero acabó haciendo un gesto resignado con los hombros.

—Está bien —concedió—. ¿Qué debo hacer?

—Venir conmigo. El resto lo irás conociendo a medida que se desarrollen los acontecimientos.

Salieron afuera.

Austin fue a abrir la portezuela del coche patrullero, pero la joven le señaló otro aparcado detrás.

—Ahí, Austin. Yo conduciré.

—¿Es tuyo ese coche?

—Sí. Un regalo de Wayr.

Austin se dio cuenta de que todo aquello no acababa de gustarle. Su fino instinto intuía una trampa. Se resistía a creer en una traición por parte de la joven, pero su instinto policíaco luchaba contra el sentimiento que ella le inspiraba, que acallaba en parte su

sentido del peligro.

Aceptó a pesar de todo. Tanto si era una trampa como si Jenny estaba diciéndole la verdad, merecía la pena seguirle la corriente. De todas formas, aunque con más o menos dificultades, aquello podía servirle para ponerlo todo al descubierto.

Tomaron por la carretera de Abilene y Jenny desvió el coche por un camino mal cuidado que se acercaba a varios ranchos y granjas diseminados por la región de la ribera del Pecos, a unas cuatro millas de la ciudad.

Avistaron una sencilla construcción de adobe, de dos plantas, cuya silueta se recortaba en el lejano horizonte bañada por la espectral claridad del astro nocturno.

La proximidad del río, que discurría a escasa distancia de la casa, hacía que el paisaje ofreciese un lujuriente verdor, muy distinto a la aridez del cercano semidesierto.

Pero el clima era casi idéntico. Cálido durante las horas del día y frío, un frío que parecía penetrar hasta los huesos a causa del relente, durante la noche.

Jenny frenó junto al porche de la casa, sumida en la oscuridad y en el silencio más absoluto.

Aquello tenía la apariencia de una vieja granja abandonada. En la parte posterior había unos cobertizos de regulares dimensiones, medio derruidos.

Jenny llevó al *sheriff* al vestíbulo.

Todo allí ofrecía el aspecto propio de los lugares largamente abandonados. Paredes desconchadas, escalones de madera carcomida, puertas que chirriaban al ser abiertas cuando sobre librillos enmohecidos, polvo y telarañas en grandes cantidades.

—Bueno —pronunció el *sheriff* paseando el haz de su linterna por todos los ámbitos del vestíbulo—. Esto parece la guarida de Drácula.

—Te aseguro que aquí no hay vampiros —sonrió ella—. No corres el riesgo de que te chupen la sangre.

Jenny le señaló una puerta que se abría al fondo del vestíbulo.

—Ése es nuestro punto de destino, Austin. Desde ahí podrás saberlo todo.

Antes de entrar, Jenny abrió su bolso de piel, de gran tamaño, y pareció buscar algo en su interior.

Austin la observó de soslayo. Y cuando sacó su mano del interior del bolso y vio que no empuñaba ninguna arma, se recriminó a sí mismo por haber tenido ese pensamiento acerca de la integridad de la joven. Aunque a pesar de todo no acababa de perder aquella vaga idea de encontrarse metido hasta los ojos en una trampa.

Austin entró en primer lugar.

Lo primero que iluminó la luz de su foco fue la faz sonriente de Jack Wayr, sentado en una silla en el centro de la destartalada estancia.

Detrás de él, de pie y apuntándole su pistola, el hampón Chester Pearson.

La primera intención de Austin fue apagar súbitamente el foco y lanzarse a un lado para eludir los plomos y poder darles la réplica a sus adversarios. Pero antes que pudiera llevarlo a cabo sintió el duro contacto de un arma de fuego en su costado izquierdo.

—Quieto, polizonte —masculló una voz—. Un solo movimiento y te abraso.

Miró de soslayo al hampón que le amenazaba ahora.

Era Hug Carsen. El compañero de Pearson en el asesinato brutal de Joe Giglio. Los mismos que habían golpeado a Bill Maddox.

—Bienvenido, Austin —ironizó el dueño del «Jaunty» incorporándose.

Encendió un quinqué instalado sobre una mesa repleta de polvo mientras Hugh quitaba su revólver al *sheriff*.

Jenny se adelantó entonces, situándose junto a Wayr con sarcástica sonrisa. Y el hampón la rodeó su cintura con el brazo.

Austin sintió que algo se rompía dentro de él.

La joven había decidido cooperar con el enemigo. Quizá no podía culparla por haberlo hecho, pero aquello le dolía en lo más profundo de su ser por un doble motivo: como *sheriff* y como hombre.

No perdió la calma, a pesar de todo; no dejó traslucir sus impresiones.

—Ahora más que nunca parece esto la guarida de Drácula —sonrió con aplomo—. Y aquí hay vampiros dispuestos a chuparme la sangre, seguro.

Wayr rió de buena gana la alusión, palmoteando el hombro de la joven.

—Eres una gran mujer, Jenny —dijo—. ¿Sabes? Tienes que disculparme.

—¿Por qué, Jack?

—Por haber dudado de ti. He sentido algún recelo. Pero has puesto a este idiota en nuestras manos. Tenías razón al decir que estaba demasiado enamorado de ti para no venir, aunque recelase la trampa. El «Jaunty» no se cerrará mañana. Ni nunca. Todo volverá a ser igual que antes una vez haya desaparecido Austin Gravey de la escena.

Jenny se soltó del hampón para acercarse al joven.

—Debes reconocer que no te he mentado, Austin —pronunció con sutil ironía—. Te he dicho que estaba obteniendo varias satisfacciones de todo esto. Que una de ellas, la mayor de todas, no tardaría en realizarse. ¿Lo recuerdas?

—Claro, Jenny.

—Era la satisfacción de la venganza, Austin —continuó impertérrita—. Tú me engañaste para perder a mi padre. Yo te he perdido ahora a ti valiéndome de tus propias armas. Hace unos momentos te prometí que podrías saber cosas muy interesantes viniendo conmigo. Wayr te las contará. Seguro que después no podrás revelarlas a nadie, pero yo he cumplido mi promesa. Has sido una víctima de tu propio juego sucio, Austin.

—Te equivocas en eso, Jenny —dijo el *sheriff*—. Yo no traicioné a nadie. Es cierto que cultivé tu amistad. También lo es que me enamoré de ti. Primero cumplí con mi deber. Luego traté de hacerte comprender que los dos podíamos ser felices pese a todo.

—Yo tampoco he traicionado a nada ni a nadie —replicó Jenny—. A un hombre sólo le falta el complemento de la mujer para formar un todo. ¿Lo recuerdas, Austin? Son palabras tuyas.

—Desde luego.

—Bien. Jack y yo vamos a casarnos, vamos a formar un todo. Creo que el matrimonio incluye toda clase de fidelidades. Entre ellas, no tener secretos entre los esposos. Jack me pidió que fuese su esposa. He accedido. Entonces me he creído en la obligación de decirle toda la verdad. El ha preparado esto. Considero mi deber seguirlo y secundarle para eliminar todos los peligros que se ciernen sobre mi futura felicidad. Tú formas la parte principal de esos peligros.

Había un tremendo sarcasmo en el tono de su voz, una burla sangrienta que Austin comprendía.

Jenny aceptaba a Wayr sólo para poder vengarse de él de una manera cruel y despiadada. Estaba dando rienda suelta a la bilis acumulada desde tanto tiempo por culpa suya.

Jenny, además, nunca sabría comprender que no fue la compasión lo que le empujó hacia ella tras la detención de su padre, sino un sentimiento profundo que no había podido eludir.

—No puedo culparte por esto, Jenny —dijo al fin—. Se trata de tu felicidad y creo que la mereces. Pero voy a darte un buen consejo. Únete pronto a Wayr y aprovecha intensamente la situación. No creo que tardes en ser la viuda de Jack Wayr. O la esposa de un presidiario recluido a perpetuidad. Esto si los jueces se muestran magnánimos con él.

Jenny rió de buena gana.

—Esta vez tus cálculos han fallado —replicó la joven—. Y te lo advertí cuando me buscaste. Pero no podías prever que mis ansias de venganza fuesen tan profundas, que se mantuviesen vivas al cabo del tiempo. Esto echa por tierra tus investigaciones. Los que queden o los que vengan después de tu muerte, no podrán hacer nada. Wayr sabe lo que lleva entre manos. Y nadie está tan animado como tú de ese espíritu de lucha sin cuartel contra el hampa.

Austin se volvió al hampón.

—Usted es el responsable de siete asesinatos —dijo—. Joe Giglio, el matrimonio Aducci, el agente de colocaciones Tracy, el alcohólico Robert Twint, el pobre Tony y el experto en radio Terson. Creo que se ha excedido demasiado haciendo correr la sangre.

—Se equivoca en eso, Austin —pronunció Wayr—. Todas esas muertes están plenamente justificadas. Desde nuestro punto de vista, claro está. Joe Giglio era un testarudo. No quiso ceder ni aún después del castigo a que lo sometieron Pearson y Hug. De lo contrario, éstos se hubiesen limitado a darle una paliza como escarmiento. Lo mismo ocurrió a los Aducci. Ellos iban a confesarle toda la verdad. De haberlo hecho, nuestra organización se hubiese tambaleado hasta en sus cimientos. El jefe me avisó con el tiempo justo para entrar en acción. Pero usted escapó al camión. Que debía triturarlo. El asiente Tracy estaba asustado y había dejado de sernos

útil al quedar al descubierto su parte en el negocio. Era un cobarde. El lo habría confesado todo a poco que le apretasen las clavijas. En cuanto a Robert Twint, fue testigo de la muerte de Giglio. Era un borracho. El alcohol desata las lenguas y era un peligro para nosotros. Lo referente a Tony y a Terson ya lo conoce. La idea de instalar ese micrófono fue del jefe. Buena idea, por supuesto. De esa forma pudimos librarnos del peligro que Tony supuso de pronto para nosotros. Pearson y Hug rondaban la casa por orden mía. Al ver lo ocurrido a Agnes, al que usted arrojó desde el tejado, comprendieron que Terson era un punto débil por el que podía desmoronarse todo el edificio. Ellos saben actuar bien.

Hizo una pausa, prosiguiendo:

—Ha llegado al fin de su carrera, Austin Gravey. Por eso es que no me ha importado confesarle toda la *verdad: que usted ya sabía*. Dentro de unos momentos su cuerpo reposará en el fondo del Pecos. Las aguas tienen profundidad ahora. Una gruesa piedra lo retendrá *ahí* abajo por un tiempo indefinido. Quizá no haya *aparecido* aún cuando acaben las obras de Benson y *nosotros* hayamos trasladado va nuestro campo de acción a *otra* parte. No es éste el único en la actualidad, aunque sí el más importante. En la caja de mi despacho están ahora los libros que usted ambiciona poseer. Pero nunca podrá verlos. Sé que le encorajina conocer la verdad y no poder hacer nada. Por eso se lo he dicho todo. Sin embargo, hay algo que no voy a decirle: el nombre del jefe, del hombre que ha organizado esto y lo dirige desde la sombra. El conocía al padre de Jenny. Y yo también. Nos unió una buena amistad. Fue mi principal proveedor de estupefacientes durante una larga temporada, cuando yo actuaba en Nueva York.

—No es necesario que me revele lo referente al jefe —sonrió el *sheriff*—. Yo conozco a ese hombre.

—¿Sí?

—Claro, Wayr. Usted mismo acaba de revelarme su personalidad al darme su versión de los hechos.

Se tornó sombra la expresión del hampón. Pero acabó riendo, aunque un tanto forzosamente.

—Es usted sagaz, Austin —masculló—. Es algo que no puede negarle. Sé que me está diciendo la verdad. Lástima que le haya fallado al final su instinto del peligro. Buen viaje a la eternidad,

compadre.

Indicó a Jenny que saliese.

Entonces la joven se acercó a Austin Gravey y le apoyó una mano en el brazo.

—Tienes la solución al alcance de tu mano, Austin —pronunció en un tono enigmático—. Líbrate de la muerte y lo habrás conseguido. Bien. El beso de despedida al gladiador que va a morir en la arena del circo —agregó con sorna, besándole en la mejilla.

Al hacerlo, Austin tuvo la sensación de que la mano izquierda de la joven hurgaba en el bolsillo derecho de su pantalón.

—El beso de Judas —masculló él.

Cuando el coche tripulado por Jenny y Wayr se alejó hacia River City, los dos hampones le obligaron a salir afuera.

Austin palpó de una manera instintiva el bolsillo donde Jenny había hurgado. Y estuvo a punto de soltar una exclamación de júbilo al percatarse que ella había metido allí un pequeño puñal.

Acababa de decirle que tenía la solución al alcance de la mano con sólo librarse de los hampones. Y le facilitaba los medios para hacerlo.

No comprendía del todo la actitud de la joven, pero no iba a detenerse a meditar en ello.

Llegaron a la orilla del río.

Austin sacó lentamente el puñal.

En ese momento, Pearson indicó a su compañero una gruesa piedra.

—Ésa servirá.

Austin entró en acción cuando el hampón se inclinaba para tomar el adminículo destinado a retenerlo a él en su húmeda tumba. Entonces, giró el cuerpo con extraordinaria rapidez al tiempo que lanzaba una puñalada contra Pearson.

La aguzada punta del puñal penetró en el antebrazo del hampón, seccionando carne y músculos y obligándole a soltar la pistola.

Su quejido alertó a Hug, que se incorporó con presteza.

Pero el *sheriff* estaba ya lanzado y nada era capaz de contenerlo.

Un golpe en el costado envió a Hug al agua. Después, mientras el hampón se asía con desesperación a los juncos de la orilla para no verse arrastrado por la corriente, Austin se abalanzó contra Pearson, que trataba de empuñar su pistola con la mano izquierda.

Un soberbio gancho lo redujo a la impotencia. Acto seguido ayudó a Hug a salir del agua, esposando a ambos.

—¿Dónde tienen el coche? —inquirió.

—En ese cobertizo.

Austin obligó al hampón a llevar a su inconsciente compañero. Y unos minutos más tarde emprendían el camino de regreso a River Cuty.

Austin frenó el coche patrullero con prolongado gemido de los neumáticos junto a la entrada del «Jaunty Club».

Su ayudante Alex le acompañaba.

Hug y Pearson rumiaban su negro porvenir en una celda de la cárcel.

El club estaba a punto de cerrar ya sus puertas. La orquesta había terminado su actuación y sólo unos escasos noctámbulos sempiternos bebían sus últimas copas en el mostrador del bar.

Los dos hombres subieron al despacho de Jack Wayr.

El hampón debía estar, celebrando su triunfo. Quizá esperaba la llegada de los dos hampones para ofrecerles champaña por su brillante actuación de hacer desaparecer al tenaz *sheriff*.

Austin y Alex entraron sin llamar.

Sí que Wayr celebraba lo que consideraba un triunfo completo. Jenny estaba con él. Y ante los dos, botellas de champaña en un cubo con hielo y copas.

El rostro de Wayr pasó del rojo intenso a un gris ceniciento al ver entrar al *sheriff*. Sus ojos se desorbitaron, se desencajó su semblante como si estuviese viendo realmente a un fantasma.

Austin avanzó hacia él con paso lento.

—Hola, Jack —pronunció con sorna—. ¿No me da ahora la bienvenida, como en aquella casa abandonada? ¿Está celebrando la pérdida de su libertad?

Wayr recobró una parte de su serenidad perdida.

—No podrá hacer nada, *sheriff* —balbució—. Lo negaré todo. Su palabra contra la mía. Jenny y muchos hombres del club testificarán que no me he movido de aquí en toda la noche.

Jenny se levantó en ese momento con parsimonia. Abrió su gran bolso de piel y sacó de él un magnetófono que colocó sobre la mesa.

Acto seguido accionó el interruptor y empezaron a oír todo cuanto habían hablado en la casa abandonada a orillas del Pecos.

Wayr tuvo un acceso de furor al comprender de súbito toda la verdad. Se abalanzó sobre Jenny, bramando:

—¡Maldita traidora! ¡Te voy a...!

La mano de Austin Gravey lo frenó en seco. Luego, un puñetazo en el mentón lo envió al suelo envuelto con la mesita, el cubo de hielo, las botellas y las copas.

Austin le obligó a abrir su caja fuerte y entregarle aquellos libros que él mismo había aludido.

En ellos encontró una lista completa de todos los colaboradores del *gang*, así como de las personas que sufrían extorsión.

Los emigrantes admitidos legalmente en los Estados Unidos eran atraídos de inmediato mediante una red de agentes de colocaciones controlados por el hampa. Aquellos desgraciados sufrían el descuento del veinticinco por ciento de sus salarios, que las mismas empresas, bajo coacción, entregaban al *gang*. Las agencias de colocaciones dependían directamente de ellos y sus hombres, como Tracy, eran simples asalariados.

La violencia era el método, empleado para acallar las protestas que solían surgir. Además se les obligaba a que hiciesen sus gastos en determinadas tiendas, bares e incluso barberías, que tributaban por ello a los hampones. El «Jaunty» era la sede material para acusar a todos y cada uno de los miembros del *gang*, diseminados por todo el Estado.

—La muerte de Joe Giglio les ha traído la perdición —comentó—. Es como el glotón que cava la fosa con sus propios dientes.

Ordenó a Alex llevarse al detenido a una celda.

Cuando ambos hubieron abandonado el despacho, el *sheriff* se acercó a la joven y le apoyó ambas manos en los brazos.

—Eres una mujer desconcertante, Jenny —susurró—. Confieso que me has hecho pasar un mal rato.

—Te conozco, Austin —sonrió ella—. ¿De veras te sentiste asustado y llegastes a creer que no escaparías de las garras de ese par de hampones?

—Bueno; yo estaba seguro de poder librarme de ellos. Lo que me dolía de verdad era pensar que tú...

Ella comprendió. Y su sonrisa se hizo radiante. La misma sonrisa que él había conocido en sus mejores tiempos.

—Confieso que he hecho las cosas de una manera un tanto

complicada —dijo—. Pero he querido hacerte pasar ese mal rato.

—Cuando dijistes aquello de la venganza... parecías enteramente sincera.

Jenny rió.

—Eran viejos recuerdos, Austin. Pero ya pasó todo.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Me di cuenta de que Wayr lo sabía todo. Había descubierto mi posición en el asunto y trataba de sonsacarme. Entonces decidí contrarrestar su ataque directo. Conque le confesé toda la verdad. También lo ocurrido a mi padre y mis deseos de venganza. Wayr mordió el anzuelo. Estaba enterado de lo ocurrido y me propuso la consecución de esa venganza. También me pidió que fuese su esposa. Acepté ambas cosas. Lo preparamos todo entre los dos. Comprendí que la única forma de que pudieras acabar de una vez para siempre con él era obteniendo una confesión suya. De forma que me hice con esta pequeña grabadora de pilas, segura de que tú podrías salir airoso del paso. Así obtendrías todas las pruebas necesarias para acabar con el gang. No quise hacerte partícipe de mi plan para que todo resultase más perfecto. Si conocías de antemano lo que iba a suceder, podía delatarnos tu expresión. Así la sorpresa tuya fue completa. Pero quiero confesar que después he pasado un miedo horrible pensando que algo podía fallar al final y tú... Y me dolía que te ocurriese algo y tu último pensamiento fuese encaminado a sopesar lo que creías una traición por mi parte.

—Continúa, Jenny. No te detengas.

—Creo que ya conoces el resto —musitó ella.

—Sí. El despecho te hizo rechazarme una vez. Pero aquello continúa latiendo dentro de ti.

—Sin embargo, tú...

—No sigas, Jenny —la atajó—. Sé lo que vas a decir. Es cierto que en un principio fui a ti impulsado por el deber. Pero cuando te ofrecí mi apoyo después de la detención de tu padre ya no lo hice impelido por la compasión, sino porque la vida me parecía algo sin sentido si ya no podía tenerte a mi lado.

La joven dejó que las lágrimas surcasen mansamente sus mejillas. Luego pasó sus brazos sobre los hombros del *sheriff* en un gesto impulsivo.

—Quizá no puedas creerme, Jenny —musitó él—. Pero la verdad

es que estuve a punto de fallar, de consentir que tu padre pudiera huir antes de detenerlo.

Ella lo besó en los labios. Un beso largo, fuerte, correspondido. Como una compensación a la vieja amargura, que había quedado atrás para siempre.

—Vamos, Jenny. Te llevaré a tu apartamento. Tengo que terminar esta misión. Falta uno a la fiesta; el cerebro organizador. Después iré a buscarte. Y ya nada ni nadie podrá separarnos.

FINAL

Austin detuvo el coche patrullero inmediatamente detrás del «Cadillac» de roja carrocería aparcado junto a la entrada del Edificio Monitor.

Se apeó y atravesó la acera a grandes zancadas, entrando en el vestíbulo.

Faltaba escasamente una hora para que el día empezase a clarear y las calles aparecían desiertas, sumidas en el silencio.

Se detuvo cerca del vano al ver emerger a Bill Maddox y a Lil Svenigh del ascensor. Ambos portaban sendas maletas y Bill no llevaba ya su brazo en cabestrillo.

—Hola, Bill —pronunció con voz tensa—. Celebro haber llegado a tiempo.

—Hola, Austin.

La voz del contable sonaba hueca, nerviosa.

—Huyendo de la quema, ¿eh, compañero? —siguió diciendo el *sheriff*—. Soplan malos aires para ti en Texas. Pero eres un mal capitán. Éste debe ser el último en abandonar el barco que se hunde. Tú estás procurando ser el primero.

—No sé qué quieres decir, Austin.

—No disimules, viejo. Ya no puedes engañarme. Todo *ha* quedado al descubierto, así como todo tu juego de viejo hipócrita y marrullero.

Bill Maddox palideció intensamente. Luego dejó caer la maleta que portaba con un gesto de cansancio, de hombre derrotado al que la vida no puede ofrecer ya aliciente alguno.

—¿Cómo has podido saberlo? —susurró con un hilo de voz.

—Has cometido muchos fallos, Bill. Y Wayr, sin proponérselo, me dio la clave del enigma.

Dejó transcurrir un breve silencio antes de agregar:

—Has jugado bien tus cartas, Bill. Y tenías todas las ventajas de tu parte. Cuando hablé la primera vez con Tony temiste que pudiese profundizar demasiado en el asunto. Entonces ordenastes a tus hombres quitarme de enmedio. Luego, al saber por Wayr que vigilaba el «Jaunty» mientras Robert Twint permanecía adentro, decidistes matar tres pájaros de un tiro. Intentarlo al menos. Te dejastes ver sabiendo que yo te buscaría, que trataría de lograr tu colaboración. Mientras, uno de tus hombres nos imposibilitó de seguir a Twint y a sus dos asesinos. Al mismo tiempo quedaba preparada aquella trampa para mí en la obra en construcción. Tú sabías que yo seguiría al hampón hasta allí, hasta donde fuese preciso. Por si todo eso fallaba, quedaba tu labor de zapa como importante colaborador mío.

Bill abatió la cabeza mientras el *sheriff* continuaba su narración de los hechos:

—Hablastes conmigo de los libros que Wayr guardaba en su caja fuerte sólo para saber mis próximos pasos. Y preparastes tu coartada. Así supistes de mis sospechas acerca de las actividades de Tracy. Y creastes el confusionismo, haciéndome sospechar de una complicidad por parte del juez Warren o alguno de sus empleados. Un atentado en la carretera y después lo ordenastes preparar a Tracy en su oficina a sabiendas de que yo habría de registrarla en su ausencia. Más tarde, con la disculpa de haber visto a Tracy en el «Jaunty», pudistes enterarte de lo de los Aducci, Por eso te negastes a que te llevase hasta tu casa. Precisabas de cada segundo para atajar el peligro de una confesión completa por parte de ese obrero italiano y su esposa. Una llamada tuya y aquel camión estuvo a punto de arrollarme al tiempo que el matrimonio Aducci era asesinado. Ése fue tu gran error, Bill. Luego te hicistes golpear para que yo no sospechase. Unas cuantas lesiones exteriores y todo cumplido. Cuando hablé contigo confesaste que Hug y Pearson te habían arrancado a viva fuerza esa confidencia. Tú sabías que ellos permanecerían en todo momento lejos de mi alcance. Pero Wayr me dijo que fue el jefe quien le avisó en aquella ocasión o que iba a ocurrir. ¿Comprendes, Bill? Ese simple fallo te ha perdido. Porque sólo tú podías haber llamado con el tiempo suficiente para preparar todo eso. Y sólo tú, en ese caso, podías ser el jefe. Además te

interesaba no trabajar directamente para mí con objeto de que yo no llegase a descubrir que eres un alcohólico, que no eres la clase de hombre que yo había imaginado siempre. Tu última jugada ha sido quizá la más sutil, pero no has contado que también un duro *sheriff* como yo puede enamorar a una mujer. Necesitabas saber cuál era la mujer que yo había colocado cerca de tu hampón. Porque siempre hay dos o tres mujeres nuevas en la vida de Jack Wayr. Siguiendo tus instrucciones habló de ti delante de todas esas mujeres nuevas en su vida, por separado y de un modo calumnioso. La que fuese tenía que saber la clase de amistad que nos unía y también que ella en ese caso vendría a revelarme ese detalle del hombre al que ella había sustituido en su labor de espionaje. También sabías que yo, un buen amigo, trataría de poner todo eso en claro. Debo reconocer que entre Lil y tú conseguisteis engañarme del todo. Además, te confesé quién era mi espía cerca de Wayr, que era lo que interesaba conocer y haría lo que iba encaminado toda esa sucia trama. Pero Jenny tenía también su pronto juego y eso os ha perdido. Ahora dime una cosa, Bill. ¿Sabe Bertha lo que eres en realidad?

—No —respondió el hombrecillo—. Ella lo ignora todo. Desconoce lo de Lil y lo demás.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de crear esto, Bill? Después de lo ocurrido en Miami...

—Aquello era mío también, Austin —replicó—. Pero yo carezco de personalidad para dirigir esa clase de negocios. Mae lo organizó todo con mi dinero y sin saber que yo era el jefe. Trabajé para él de contable. Era una buena forma de estar al tanto de todo el negocio, Hasta que comprobé que Patrick Mae trataba de quedarse con todo y burlar al jefe que jamás había visto, Entonces te secundé para perderlo. Era una forma de castigar su infidelidad. Luego vine aquí, llamé a Jack Wayr y monté esto. Cuando fuiste nombrado *sheriff* estuve tentado de cambiar el negocio. El *sheriff* anterior era nuestro. Pero yo sabía que jamás aceptarías el soborno. Temí que si algo se torcía y tenían una base para actuar, las cosas se complicarían para nosotros. Y la torció Joe Giglio con su testarudez.

—Entendido. Despidete de Lil. Y de todo, Maddox. Has llegado al fin de tu carrera criminal.

Bill Maddox tuvo de pronto una reacción violenta. Había jugado

su gran partida y la perdió finalmente. Resultaba difícil conformarse con la suerte adversa. No era un hombre de lucha. Era un planeador del crimen, un organizador del hampa.

Su rostro se transformó en una especie de máscara demoníaca.

Se lanzó de pronto hacia adelante, tratando de cargar a Austin.

El *sheriff* esquivó su acometida mediante un rápido esguince.

Luego alzó el brazo, cuando el cuerpo de Bill cruzaba por su lado al encontrar el vacío, y le golpeó en la nuca.

Maddox cayó de bruces al suelo gimiendo como un perro apaleado.

Austin los esposó seguidamente a los dos, ante el gesto de resignación de Lil, que por un momento había confiado en el triunfo de Maddox.

Vamos, encanto —musitó Austin—. Se acabó papá Noël para ti. Pero te curarás de tu alcoholismo pasando una larga temporada de vacaciones por cuenta del Estado.

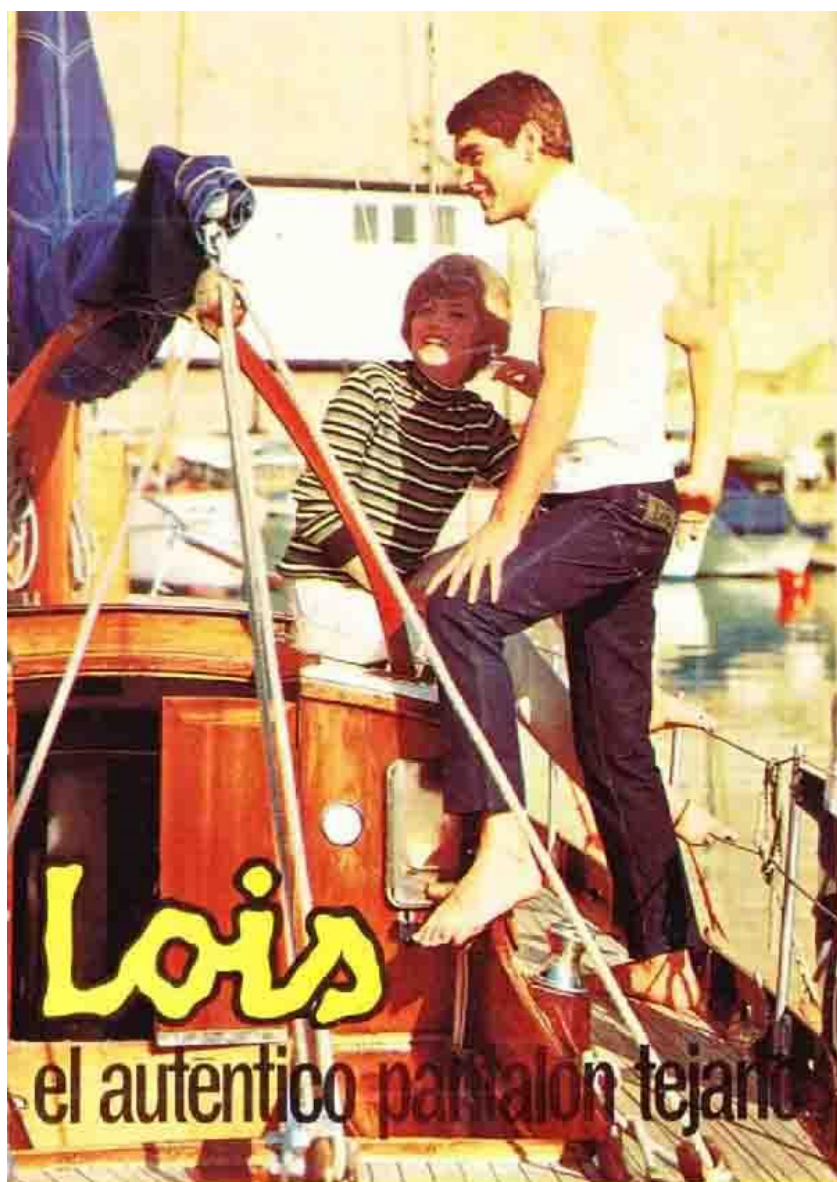
Austin Gravey los encerró cerca de Wayr y los hampones. Después se dirigió al apartamento de Jenny.

En lo más hondo de su ser llevaba el gusto amargo de la burla sangrienta de que había sido objeto por parte del falso amigo.

Le dolía también tener que comunicar los hechos a Bertha Maddox. La mujer iba a experimentar una fuerte conmoción. Pero se repondría del golpe recibido. Ella era fuerte de espíritu y sabría reponerse.

Pero todo esto se compensaba con la satisfacción del deber cumplido y el hecho de que Jenny y él se habían comprendido al fin. El amor había sido en ella infinitamente más fuerte que el rencor. Eso abría ante ellos un futuro más sublime que cuando se conocieron por primera vez, porque aquellas raíces de su amor, forjadas en el yunque de la adversidad, eran ahora mucho más profundas.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.